

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Matar con placer

Sabemos que Brigitte no tiene inconveniente alguno en matar, pero, eso sí, cuando el personaje se lo merece. Claro está, habría que valorar con mucho detenimiento y gran discernimiento a qué llamamos «merecer la muerte» y qué derecho tenemos a tomarnos la justicia por nuestra mano, y más cuando esa justicia consiste en matar. Para Brigitte, la Ley es la Ley, y ella las respeta todas. Pero tiene una peculiaridad que es su mayor característica a la hora de tomar tan drástica decisión:

Si yo no te mato a ti, tú seguirás expoliando, masacrando y matando a miles de personas inocentes sólo porque así conviene a tu ambición y a tu maldad. No tengo ninguna duda: muere tú.



Lou Carrigan

Matar con placer

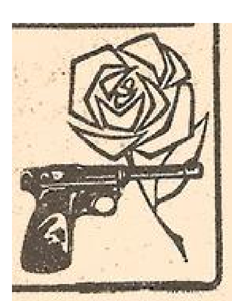
Brigitte en acción - 043

ePub r1.0
Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

El avión de la TWA se cernía ya sobre Atenas, resplandeciendo al sol, brillante, potente, seguro, moderno. Sin embargo, era muy fácil para un pasajero culto cerrar los ojos y regresar mentalmente a la antigua Grecia. Desde allí mismo, junto a una de las ventanillas del aparato a reacción, podía verse la Acrópolis, con el Partenón; el Templo de Olimpo, el Palacio y sus jardines; Estrefon; pero también se veía la modernizada vía del Pireo, el estadio, la bella ciudad nueva que surgía de entre las viejas y respetadas ruinas de un glorioso pasado cultural y guerrero… Más lejos, forzando ya demasiado la vista, era posible, en días claros, de cielo despejado, ver Maratón, la ciudad de las viejas guerras…

Todo blanco, predominando. Todo como un sueño casi exótico. El mar azul. El Pireo, Atenas, Maratón… Y las guerras.

El pasajero con buena memoria para los estudios de su niñez podía recordar aquella vieja anécdota del joven guerrero que va a despedirse de su madre antes de entrar en combate.

«—Madre…, ¿qué debo hacer?

—Ve a la guerra, hijo, puesto que ése es tu deber.

—Pero…, ¿qué hago en la guerra, madre?

—Un guerrero ateniense sólo puede hacer dos cosas: regresa con tu escudo… o encima de él».

La vieja Grecia. El soldado que moría merecía todos los honores. Regresaba sobre su gran escudo portado por cuatro compañeros de armas. No valía llorar. El héroe regresaba. Morir era heroísmo. Y si se vertían lágrimas, eran de felicidad, de orgullo…

Pero los viejos tiempos han cambiado. Ya no es necesario recorrer cuarenta kilómetros para llevar un parte bélico, dejándose los pies en los ásperos caminos, reventados los pulmones, hirviendo la sangre, desencajado el rostro por el cansancio, por la muerte…

Los tiempos han cambiado. Existen unos aparatos llamados

telégrafo, télex, radio, aviones, satélites espaciales. El tiempo ha cambiado en su medida y en su forma. En los tiempos de la vieja Grecia, América no existía. En los tiempos actuales América está a pocas horas de teléfono, de radio, de télex, de avión…

Pero, afortunadamente, todavía quedan el Olimpo de los Dioses y la Acrópolis, el Partenón…

Grandes, hermosos, admirables monumentos. El turista queda boquiabierto ante ellos, admirado de su colosalismo, de su belleza, de su amplitud, de esa blancura ya amarillenta por los siglos. Atenas… Una palabra mágica para quien llega de un nuevo mundo dispuesto a admirar el viejo mundo.

Mas… No todas las personas que llegan a Atenas lo hacen dispuestas a admirar el viejo mundo. Unas, porque ya lo conocen. Otras, porque su capacidad de admiración está ya saturada.

Otras, porque son espías… Y en ese caso, Atenas es un punto cualquiera del mundo en el cual puede solucionarse cualquier cuestión absolutamente moderna, absolutamente actual, vigente, candente.

El espía no admira nada. Simplemente, ve lo que hay a su alrededor, toma nota de ello. En su mente, quedan las cosas definidas de un modo harto curioso. Por ejemplo… Partenón: lugar donde se supone que hay muchos muertos; dadas sus características, puede definirse como un lugar peligroso, teniendo en cuenta que el enemigo dispondría de numerosos lugares donde esconderse. No, no… Eso es la Acrópolis… El Partenón es otra cosa. El Partenón es… El Partenón es… El Partenón. Eso es. Olimpo… Emmm… Templo de Olimpo. Lugar donde estuvo alguien que se llamó Olimpo y donde no conviene pelear porque sus grandes columnas ocultan la visibilidad…

El espía no tiene ojos humanos. Tiene dos cámaras fotográficas que se dan cuenta de todo, lo archivan y esperan el momento de utilizarlo. Si ese conocimiento no llega a servir de nada jamás, queda olvidado.

Está ya decidido: el espía carece de sentimientos humanos. Por lo menos, el espía que es capaz de matar en cualquier momento, sin que su conciencia sufra, sin que su gesto cambie, sin que la pena exista en su corazón… El espía mata… y no queda tristeza en su corazón. Ha matado… Y eso es todo. La tristeza de matar no es

propia de espías de acción…

* * *

—Atenas.

—¿Eh…?

La joven y bellísima pasajera miró sobresaltada a su compañero de asiento, que le sonrió amablemente.

—Atenas —repitió—… Estamos llegando a Atenas, señorita Montfort.

—Ah… Oh, sí, es cierto… ¿Hay que abrocharse los cinturones?

—Todavía no lo han aconsejado —rió el hombre.

—Ah…

—¿No la entusiasma llegar a Atenas?

—Esto… Ah, sí… Ciertamente… Me entusiasma mucho llegar a Atenas, señor Maxwell. Opino que es una ciudad… muy bonita.

El señor Maxwell frunció el ceño. Estuvo unos segundos mirando por la ventanilla, absorto, casi olvidado de tan divina pasajera. Pero sus palabras lo tenían poco menos que inquieto, incrédulo.

—Perdone… ¿Ha estado usted antes en Atenas, señorita Montfort?

—De pasada.

—Mmm… ¿Conoce la ciudad?

—No.

—¿Viene usted de Estados Unidos?

—Así es, señor Maxwell.

—¿Y no le entusiasma la proximidad de tan formidable ciudad?

Brigitte Baby Montfort, la espía internacional a las órdenes discrecionales de la CIA norteamericana, abrió su dulce boquita en un bostezo mal contenido; miró por la ventanilla, vio el mar azul, los blancos edificios, los enclaves de las viejas ruinas… Y acabó el bostezo intentando disimularlo con una sonrisa.

—Me entusiasma mucho, señor Maxwell. Sólo que… temo que estoy muy cansada.

—Ah, comprendo eso… Lo comprendo muy bien. El viaje, en vuelo semidirecto, ha sido… demasiado precipitado. Creo que deberían organizarlo de modo que pudiésemos… saborear mejor el paso por la Europa meridional… ¿Conoce Europa?

—Desde Palma de Mallorca a Domodedovo[1].

—¿Desde…? Perdone, no la entiendo…

—Digamos, señor Maxwell, que conozco Europa desde Lisboa a Moscú. A esta última ciudad llegué no hace mucho para cierto trabajo profesional. Le ruego que me perdone, pero… Bueno, creo que Europa no me impresiona ya demasiado.

—¿La menosprecia?

Baby Montfort miró con los ojos muy abiertos al señor Maxwell. La pregunta pareció divertirla.

—¿Menospreciarla? Vaya, señor Maxwell, le aseguro que su pregunta es muy… interesante.

—¿Por qué?

—Es que… Bueno, según malas lenguas, toda la civilización americana proviene de Europa. Y, claro, me parecería divertido menospreciar a quien nos lo ha enseñado todo.

—A veces, el discípulo llega a saber más que el maestro.

—Okay —sonrió Brigitte—: lo cual no quiere decir que el maestro sea tonto, ¿verdad?

—No… No, no, claro…

—Pues eso.

El aparato iba descendiendo lentamente. Es decir, parecía que viajase con lentitud, pero su velocidad todavía no podía ser rebasada por la de ningún vehículo terrestre normal.

—Señorita Montfort…

—¿Sí, señor Maxwell?

—Pienso permanecer en Atenas una semana. No voy a dedicarme a nada en especial… Quiero decir que es un viaje exclusivamente de vacaciones. Estoy pensando que…

—Muy amable de su parte, señor Maxwell.

—Yo… yo no he dicho todavía lo que pensaba…

—No hace falta. Usted va a ofrecerme su compañía, su amabilidad. Si algo necesito en Atenas, no debo vacilar en acudir a usted, ya que hará por mí todo cuanto sea preciso. Me ofrece usted su persona, su dinero, sus conocimientos, su ayuda en general… ¿No es así, señor Maxwell?

—Pues… Sí, así es.

—Repito que muchas gracias. ¿Qué puede usted ofrecerme… concretamente, señor Maxwell?

—Esto… Vaya, no es fácil de decir… Tengo un yate, un par de lanchas, una villa cerca de El Pireo… Cosas de millonarios americanos. —Sonrió como disculpándose—. Tengo la impresión de que se está burlando un poco de mí, señorita Montfort.

—Le aseguro que no. Tome mis palabras como fruto del escepticismo de una vieja viajera internacional.

—¿Vieja? —rió el señor Maxwell—. ¡Usted está bromeando…!

Fue justo en aquel momento cuando se anunció que los pasajeros debían abstenerse de fumar, y abrocharse los cinturones de seguridad. El aeropuerto de Atenas estaba a sus pies.

Tan cerca de sus pies, que el aparato rodaba por tierra firme apenas minuto y medio más tarde. Se veían las pistas, y a lo lejos algunas montañas. El señor Maxwell miraba de reojo a su bella compañera de viaje, esperando quizás algún gesto de temor, alguna actitud rígida, pero el señor Maxwll ignoraba que Brigitte Montfort no sólo había viajado en avión muchas más veces que él sino que se había lanzado en paracaídas desde un helicóptero en llamas cargado de explosivos[2], y que había pasado por situaciones harto más inquietantes que aquella tan simple de tomar tierra pacíficamente en un aeropuerto.

Cuando los motores se detuvieron y el aparato quedó definitivamente inmóvil, el señor Maxwell forzó un nuevo intento de acercamiento.

—¿Habla usted griego, señorita Montfort?

—No.

—Oh, eso es…

—No es nada. Hablo otros idiomas, que me servirán para salir del paso. Ha sido un placer conocerle, señor Maxwell.

Se puso en pie y se alejó por el pasillo del departamento de lujo del avión, hacia la salida, donde ya había sido colocada la escalerilla.

—¡Señorita Montfort, no olvide mi ofrecimiento, para lo que guste mandar en Atenas…! ¡Mi yate es el Termópilas, matrícula griega!

Quiso ir tras ella, para pasar juntos los trámites de Aduana, pero Baby Montfort, que parecía no haberlo oído, descendía ya por la escalerilla y se apresuraba a colocarse en los primeros lugares de verificación de pasaportes.

* * *

Apenas quince minutos más tarde, Brigitte Montfort salía de las instalaciones del aeropuerto, se dirigía a un taxi, se metía en él y sacaba un pequeño libro de tapas verdes de su maletín rojo, mientras el bigotudo taxista la miraba con una chispa de ironía en sus negros ojos. Esperó pacientemente a que la turista encontrase lo que buscaba en el librito y escuchó de buen talante su mal pronunciado griego:

—Lléveme, por favor, al Hotel Peloponeso. En Atenas.

—Sí, señora.

Casi riendo, el taxista puso en marcha el coche y partió a muy buena marcha hacia la ciudad.

El recorrido fue rápido. El taxi se detuvo delante de la exótica entrada al Hotel Peloponeso y el conductor se volvió con una sonrisa divertida debajo de su bigote.

—Hemos llegado.

—¿Cuánto?

—Mil dracmas.

La turista sacó unos cuantos billetes, los contó con gran velocidad y los tendió hacia delante, tras consultar el librito de tapas verdes.

—Son solamente quinientos —sonrió—… Y no soy señora, sino señorita. Espere un momento que vendrán a recoger mi equipaje. Gracias.

Se apeó antes de que el conductor tuviese tiempo de expresar de algún modo su estupefacción. Todavía estaba preguntándose qué clase de turista era aquélla, cuando un par de botones del hotel vinieron a hacerse cargo del equipaje. Luego se encontró vacío y perplejo.

Dentro del hotel, el moreno conserje de negros ojos brillantes asentía obsequiosamente, hablando en un inglés muy aceptable:

—Efectivamente, señorita Montfort. Tiene reservada la cámara diecisiete… ¿Ha tenido buen viaje?

—Corriente. ¿Hay alguna dificultad con el baño?

—No, no… Ninguna.

—Lo tomaré ahora mismo. Dentro de una hora almorzaré, en mi cámara… Que me suban entonces el equipaje.

—Como guste. ¿El maletín…?

—Objetos personales… —sonrió la divina—. Si no lo llevase, temo que recibiría desnuda a sus empleados. Tomó la llave y se alejó, dejando al conserje griego pensando en la estupenda perspectiva de llevarle el equipaje a la periodista americana…, siempre y cuando ella hubiese olvidado su maletín.

La cámara 17 tenía una particularidad que podía considerarse agradable: desde la terraza, se veía, por un lado, la colina de la Acrópolis y, al fondo, los Montes Agaleos; hacia el otro lado, El Pireo, el muelle de la ciudad ateniense. Y encima de todo ello, un sol radiante de septiembre, ardiente, seco, casi cegador, como vertido sobre la blanca ciudad modernizada por altos edificios.

Atenas… ¿Qué demonios le importaba a ella Atenas? Lo que le importaba era algo que sucedía allí, no la ciudad en sí misma.

Entornó las puertas-ventana de la terraza, regresó al interior de la cámara, localizó el baño y abrió el grifo del agua caliente, ideal para relajar los músculos y limpiar el polvo y ese fino sudor que parece adherirse al cuerpo en todo viaje, por cómodo que sea.

Mientras oía caer el agua caliente en la bañera, se dedicó a inspeccionar la cámara que le había reservado la CIA desde Washington. Servicio esmerado. Era una atención que tenía que agradecer a la Central Intelligence Agency que, en la mayoría de las ocasiones, le buscasen misiones en las que el lujo estuviese bien visible. Debajo, como siempre, la podredumbre del mundo del espionaje. Pero, a fin de cuentas, siempre era mejor morir oliendo a perfumes de París que a los petróleos de las aguas de Marsella…

La inspección duró lo que tardó la bañera en llenarse de agua caliente. Y de tal inspección se desprendió claramente que no había en la cámara ningún artefacto peligroso: ni bombas de tiempo o eléctricas, ni micrófonos, ni máquinas fotográficas… Nada. Era una cámara en verdad inofensiva, soleada, con buenas vistas atenienses.

Qué bien.

Cerró el grifo del agua caliente, probó la temperatura con un dedito, frunció la boquita sonrosada y abrió el de agua fría, para atemperarla a su gusto. Mientras caía el agua fría, la superespía internacional llevó al cuarto de baño su maletín, lo dejó sobre el taburete blanco y se quedó mirando a su alrededor. La bañera era blanca, muy grande y profunda, y en el lado de la pared había un

espacio pintado con motivos marinos, en cuya base se veían unos arbustos artificiales de coral muy bonitos, de un rojo brillante.

Justo lo que necesitaba.

Abrió el maletín, sacó un estuche de jabón líquido de baño, a presión, y lo colocó entre los corales. Luego escondió el maletín debajo de la bañera, tras colgar en la percha de la puerta una diminuta prenda azul que podía considerarse como «salida íntima de baño». Muy íntima, ciertamente.

Probó de nuevo el agua, sonrió complacida y cerró el grifo de la fría. Luego se desnudó, dejó las ropas colgadas en otra percha junto a la primera y se metió en la bañera.

Cogió el estuche de jabón líquido a presión, lo destapó, impulsó una buena cantidad hacia su pecho y empezó a frotar, en verdad complacida.

Dejó el estuche, lo miró con simpatía y, de pronto, apretó su base.

Y mientras continuaba enjabonándose placenteramente, del estuche de jabón brotó un suave silbido, y luego una voz de hombre, que muchos agentes de la CIA identificarían muy pronto como perteneciente a un personaje al que Baby llamaba «tío Charlie».

La voz de hombre, en tono un tanto jovial, pero que, evidentemente, intentaba ocultar una clara preocupación, decía:

—Buenas tardes, Brigitte.

Entonces se oía, inconfundible, la voz angelical, dulce y cariñosa de Brigitte Montfort:

—Oh, tío Charlie… ¿Lo estaba esperando?

—Mmm… ¿Usted a mí?

—Claro.

—Pues… No. No me estaba esperando, Brigitte… ¿Qué tal se siente?

—Muy bien, querido. ¿Algo nuevo?

—Bueno… Está ocurriendo algo en Atenas que…

En el cuarto de baño no se oyó nada más, porque Baby Montfort estaba oyendo algo fuera del cuarto de baño. De modo que apretó de nuevo el estuche a presión de jabón líquido y el silencio fue entonces tan completo, que pudo oír claramente las pisadas justo en la entrada del cuarto de baño.

Volvió la cabeza hacia allí, velozmente, mientras su cuerpo se hundía un poco más en el agua, de modo que la espuma que flotaba en ella ocultó el maravilloso cuerpo.

Apenas hecho esto, un hombre apareció en el cuarto de baño y su mirada quedó fija…, cruelmente fija, en la agente de la CIA. Llevaba una chaquetilla blanca y unos pantalones claros, uniforme que le había parecido a Brigitte que era el que utilizaban los empleados del hotel.

—¿Qué quiere usted? —dijo fríamente Brigitte—. Di orden de que no subiesen mi equipaje hasta dentro de una hora…

—No importa, señorita Montfort —dijo el hombre en inglés.

—¿Quién es usted? ¿No es un empleado del hotel?

El hombre metió la mano bajo la chaquetilla sacó una imponente pistola, con el silenciador ya acoplado en la punta del cañón, y sonrió torcidamente, apuntando a la divina espía.

—No, señorita Montfort… No soy un empleado del hotel. Por favor, no grite… Si lo hace, sólo va a conseguir que la mate inmediatamente… Y ya sabe: mientras hay vida, hay esperanza.

Capítulo II

—No comprendo —musitó Brigitte—… ¿Es un ladrón?

—No intente hacerme reír, señorita Montfort. Hace tiempo que perdí el sentido del humor.

—Tanto peor para usted… ¿Piensa matarme?

—Efectivamente.

—¿Antes de que acabe de bañarme?

—Tendrá que perdonarme la… descortesía. Pero si eso la preocupa mucho, podré perder unos segundos en ponerle sus ropas. No quisiera que se avergonzase de estar muerta.

—Los muertos carecen de vergüenza, me temo. Pero, dígame, señor comosellame: ¿usted está seguro de lo que quiere hacer?

—Entiendo muy bien lo que me dicen. ¿Usted es o no es Brigitte Montfort?

—No.

—Oh, vamos —soltó una risita el hombre—, ¡no sea infantil!

—Había que probar —sonrió Brigitte—… ¿Va a disparar ya o puedo continuar bañándome?

—Continúe…, de momento. Mientras lo hace, yo escucharé lo que estaba diciendo cierto magnetófono que supongo está camuflado en algún objeto de uso… personal. ¿Dónde lo tiene?

—¿Un magnetófono?

—Oí una voz de hombre aquí dentro hace unos pocos segundos… No pretenderá hacerme creer que lo tiene ahora escondido debajo de la bañera.

—Compruébelo.

—Insisto en que carezco de sentido del humor. Entrégueme ese magnetófono.

—¿Quién le envía?

—¿A mí?

—Claro.

—Pues… Unas personas. No sea tonta: aunque va a morir dentro de un par de minutos, o poco más, no pienso decirle nada. Solamente le advierto por última vez que si no me entrega ese magnetófono la voy a matar sin concederle esos dos minutos. Y lo haré de modo que quedará usted muy… fea. ¿Nunca ha visto a una persona muerta de dos balazos en los ojos?

—Yo he visto de todo, señor… ¿Cómo dijo que se llama?

—Tadeus —sonrió el hombre secamente—. ¿Le gusta?

—Me gusta tanto que voy a entregarle el magnetófono. Parece que no tengo otro remedio.

Baby Montfort hizo girar su finísima cintura hacia el estuche de jabón líquido a presión, pero cuando iba a volverse, la voz del hombre la obligó a inmovilizarse:

—Sin bromas. Quiero oír algo de ese… aparato. Póngalo en marcha.

—Como quiera.

Apretó de nuevo el estuche, sosteniéndolo en una mano, y la voz de Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, continuó oyéndose:

—… tiene preocupados a los jefes de Washington.

—No me diga que tengo que viajar a Atenas, querido tío Charlie.

—Lo digo. Lo tiene todo preparado: pasaporte, dinero griego, pasaje en un avión de la TWA En Atenas…

—Suficiente —cortó el hombre—. Deme ese estuche.

Brigitte pareció vacilar. Su gesto era enfurruñado, hosco, cuando tendió el estuche al hombre, que adelantó un paso, tendiendo la mano izquierda. Tuvo que dar dos pasos más hacia la bañera, mientras Brigitte se incorporaba a medias, mostrando discretamente sus senos, cubiertos de espuma. La mirada del hombre se desvió un momento de los azules ojos… Sólo un momento, un brevísimo instante. Pero la pistola permaneció firmemente apuntada hacia los encantos enjabonados de la espía, cuyos pies se movieron en el fondo de la bañera, como quien intenta adoptar una postura más cómoda.

El hombre acabó de llegar a la distancia que le iba a permitir coger con su mano izquierda el estuche de jabón líquido, siempre fijos sus ojos en los de Baby, cuya expresión era inescrutable en aquellos momentos. Para cuando cambiaron, el hombre tenía ya su

mano muy cerca del estuche… y su rostro también.

Supo que algo iba a ocurrir, que la espía de la CIA iba a intentar, algo para conservar la vida… Lo que no esperaba era que la dulce manita de Brigitte apretase con gran fuerza el estuche, de modo que un violento chorro de jabón líquido salió impulsado hacia los ojos del llamado Tadeus…, acertando de lleno.

Naturalmente, Tadeus apretó el gatillo de su pistola, mientras retrocedía un paso, gruñendo, con los ojos llenos de jabón. Un jabón que no escocía, pero que sí molestaba lo suficiente para que sus ojos no estuviesen en condiciones de ver que su disparo no dio en el blanco.

Brigitte, por supuesto, había previsto la lógica reacción del asesino, de modo que, apenas apretar el estuche de jabón, bien apuntalados los pies en el fondo de la bañera, justo en la curva, saltaba hacia adelante y un lado, saliendo de la bañera, envuelta en agua y en espuma jabonosa.

La bala se hundió en el agua con un «chops» suave, rodeada de salpicaduras, y dio, ligeramente frenada, en el lado macizo de la bañera. Mientras tanto, Tadeus había retrocedido otro paso y hacía esfuerzos por abrir los ojos, moviendo la pistola y disparando de nuevo hacia donde sabía que estaba la bañera, justo cuando oía el rumor en el suelo, a su lado. Se volvió hacia allí para efectuar el tercer disparo, ya casi abiertos los ojos… Y sólo después de disparar vio como una sombra que se apartaba del lugar donde él había oído el ruido.

Le pareció que se desplazaba hacia su derecha, de modo que hacia allí giró, con los ojos casi completamente abiertos ya…

Y recibió en la nuca el tremendo golpe del taburete del cuarto de baño. Un golpe tan fuerte que lo tiró contra una pared. Dio de bruces en ella, rebotó y recibió otro golpe con la misma improvisada arma, ahora en los riñones.

Un quejido de profundo dolor escapó del pecho de Tadeus, mientras sus rodillas entraban en brusco contacto con el suelo. Sus manos, la derecha todavía sujetando la pistola, se apoyaron en el suelo cuando parecía que su cara iba a estrellarse contra éste. Por poco tiempo, porque Brigitte le apartó una con el pie y los dientes del griego fueron a morder el húmedo suelo…

Justo en aquel momento se oía una llamada a la puerta de la

cámara 17, y se oía, lejana, la voz del gerente recepcionista del Hotel Peloponeso:

—Señorita Montfort, abra… Es la policía.

Tadeus se agitaba en el suelo, intentando incorporarse, moviendo tenazmente la mano con que sujetaba la pistola. Brigitte la golpeó con su desnudo talón, arrancándosela, tras aplastar los huesos dolorosamente contra el suelo… Tadeus volvió a gemir y la espía miró frenéticamente a todos lados. Vio en el suelo sus sujetadores, de liviano, elegante, fresco… y solidísimo tejido, y los cogió de un manotazo, pasándolos velozmente por la garganta de Tadeus…

—¡Señorita Montfort, abra, por favor! ¡Está aquí la policia!

—¡Estoy en el baño! —Casi gritó Brigitte.

Y mientras, sus manos apretaban con toda su fuerza, tirando hacia arriba de los sujetadores que rodeaban la garganta de Tadeus, cuyos movimientos iban cediendo, cediendo, cediendo… y su rostro adquiriendo un intenso color rojomorado, quizá negruzco… Los suaves cabellos de la espía, húmedos, se pegaban a su rostro, tenso en aquel momento de angustia. En los dulces ojos parecía haber surgido súbitamente un diminuto témpano que enfriaba estremecedoramente las bonitas pupilas, mientras los finos músculos de los bracitos delicadamente tostados por el sol se ponían de relieve en el esfuerzo para estrangular definitivamente a Tadeus, el desconocido asesino, que estaba pagando con su vida su confianza en la indefensión de la espía enjabonada.

Justo cuando la cabeza de Tadeus quedaba, de pronto, colgando inerte, Brigitte oía abrirse la puerta de su cámara, sin duda bajo la llave del gerente del hotel, presionado por la policía. Colgó rápidamente los sujetadores, cogió a Tadeus por los sobacos, lo arrastró hacia la bañera y lo metió dentro; el cuerpo se hundió en el agua tibia, casi caliente. Enseguida la espía echó más jabón en el agua, y la removió a toda prisa, formando una gran masa de espuma que pronto ocultó bajo ella el cadáver del estrangulado Tadeus.

La llamada sonaba entonces en la puerta del cuarto de baño y Brigitte fue hacia allá, recogió la «salida íntima de baño» y se la puso rápidamente. Luego abrió la puerta un par de pulgadas, mostrando un gesto irritado.

—¿Qué significa esto? —dijo acremente en inglés.

Veía a un hombre de paisano, desconocido. Al lado de éste, al gerente del hotel. Detrás de ambos, a dos agentes de uniforme, mirando a todos lados.

—¿Está usted bien, señorita Montfort?

—Estaba bien hasta ahora —refunfuñó la espía—... ¿Qué es lo que desean ustedes?

—Por favor, permítanos entrar. Lo estamos haciendo por su bien. Se ha recibido en el hotel una llamada asegurando que a usted querían asesinarla. Avisé a la policía y ellos han venido inmediatamente...

Brigitte abrió un poco más la puerta, siempre fruncido el ceño.

—¿Es una broma, señores?

El hombre de paisano entró en el cuarto de baño, echó un brevísimo vistazo y se volvió hacia Brigitte, que cruzaba sus brazos sobre el pecho, en actitud evidentemente molesta.

—No es ninguna broma, señorita Montfort —habló en pésimo inglés—. No por nuestra parte, al menos.

—Pues les han tomado el pelo, señor. Y ahora, si no tienen inconveniente, terminaré de bañarme... a solas.

—Lamentamos causarle esta molestia, pero nuestra obligación era comprobar la veracidad de esta... cuestión.

—El señor es el capitán Arístides, de la policía... —presentó el gerente, un tanto abochornado—. Tuve que llamarlo cuando me dijeron por teléfono que...

—Les agradezco a los dos su interés —cortó Brigitte—, pero supongo que no insistirán en tenerme así mucho rato. No me parece cómodo... ni decoroso.

Uno de los agentes de uniforme apareció en la puerta del cuarto de baño, miró al capitán Arístides y movió negativamente la cabeza. Arístides la movió en sentido afirmativo y luego se quedó mirando a Brigitte.

—Parece que por ahora no corre usted peligro. De todos modos, dejaré un par de agentes cerca de usted, por lo que pudiera ocurrir más adelante.

—Imagino que no colocará a dos hombres para que observen cómo me baño, capitán.

—No, no —sonrió el policía—... Los dejaré fuera, en el pasillo.

De un modo discreto. Entienda usted que sólo queremos protegerla.

—Muy amable de su parte. Con su permiso, acabaré de bañarme… Buenos días, caballeros. El gerente se dirigió hacia la puerta, mohíno.

Arístides miró a su alrededor. Vio el suelo lleno de agua y de espuma de jabón, el taburete volcado, el estuche del jabón en el suelo… Se inclinó, lo recogió y lo tendió a la espía, sonriendo.

—Parece que se baña usted de un modo muy… agitado Montfort.

—Estaba enjabonándome cuando ustedes llamaron. Me sobresaltaron, se me escapó el jabón, tropecé con el taburete al salir de la bañera… Podría haberme matado si hubiese caído en otra postura, capitán.

—Afortunadamente, no ha sido así. Dígame una cosa, señorita Montfort: ¿cuál es su profesión?

—Periodista… ¿No consta en el registro del hotel?

—No he perdido tiempo en ese detalle, se lo aseguro… ¿Cuál es el motivo de su estancia en Grecia? Brigitte miró con ojos muy abiertos al apuesto policía.

—¿Hace falta un motivo para visitar Grecia, capitán?

—Pues… no —sonrió Arístides—. Realmente, no. Para lo que sí hace falta un motivo es para llamar a la policía advirtiéndola de que se intenta asesinar a una ciudadana norteamericana recién llegada a Grecia.

—Estoy segura de que les han gastado una broma a todos.

—Es posible, claro —admitió, sonriendo, el policía—… ¿Tiene amigos en Atenas, señorita Montfort?

—¿Quiere decir amigos griegos?

—Exactamente.

—No. Conozco a un señor llamado Maxwell, que según creo reside aquí algunas temporadas… Incluso tiene un yate llamado… llamado… Ahora no recuerdo el nombre. El señor Maxwell es norteamericano, claro. Hicimos juntos la mitad del viaje y se ofreció muy amablemente por si lo necesitaba en Atenas.

—Entiendo… ¿No conoce a nadie más?

—Pues… Que yo recuerde, de momento, no. Capitán, les ruego…

—Oh, nos vamos ya. Bien… Ha sido un placer, señorita

Montfort.

Brigitte forzó una sonrisita cortés, miró un poco furibunda al gerente, cuya expresión no podía ser más consternada, y se colocó junto a la puerta. Los dos hombres salieron, ella cerró la puerta, esperó unos segundos, se acercó a la bañera y sacó la cabeza de Tadeus, tirando de los cabellos. Estuvo unos segundos contemplando aquel rostro… Desde luego, jamás antes lo había visto, pero era evidente que el desdichado Tadeus sí sabía muy bien a quién tenía que matar. Sabía a quién tenía que matar, cuándo había llegado a Atenas, el hotel en que se había alojado, el número de la cámara…

Tadeus había sabido tantas cosas que había motivos para preocuparse por ello.

Tiró con fuerza de aquellos cabellos, llevando a Tadeus hacia los pies de la bañera, donde lo dejó sentado, apoyado por la espalda. Entró en la bañera, acabó de enjabonarse rápidamente, de pie, y luego se duchó con agua fría.

Se secó, se puso de nuevo la salida de baño y salió de allí, mirando desconfiadamente a todos lados. Recorrió la cámara, asegurándose de que estaba sola, y entonces fue a la puerta. La abrió un par de pulgadas, primero. Luego asomó la cabeza, mirando a ambos lados del pasillo. No había nadie. Pero una puerta de enfrente, al otro lado del pasillo, acabó de cerrarse rápidamente.

Sonriendo, Brigitte cerró la suya. La policía griega estaba al acecho.

¿Quién la había avisado? ¿Y quién había ordenado que la matasen apenas llegar a Atenas? Ni siquiera la había dejado bañarse a su gusto…

Descolgó el teléfono, pidió su equipaje y el almuerzo, a la mayor brevedad, y regresó al cuarto de baño. Desde luego, Tadeus le iba a complicar la vida, con su presencia allí, a menos que ella encontrase una buena y rápida solución. Y, por el momento, no se le ocurría ninguna.

Pero sí se le ocurrió cuando subieron su equipaje. No obstante, esperó a haber almorzado antes de poner en práctica la idea. Colocó sus ropas en el armario, dejó abierto el pequeño baúl, y volvió una vez más al cuarto de baño. Sacó a Tadeus de la bañera y lo depositó en el suelo, dejando que el agua fuese escurriéndose durante unos

minutos. Luego, lo colocó sobre una manta ligera y lo arrastró hacia el dormitorio. Lo metió dentro del baúl, cerró éste con llave y tras no pocos esfuerzos lo metió dentro del gran armario empotrado. Colocó encima la otra maleta, más pequeña, y encima dos pares de zapatos. Luego limpió el piso de la inevitable humedad que el paso de Tadeus había dejado, puso en orden el cuarto de baño, recogió la pistola del estrangulado griego de debajo de la bañera y la metió en su maletín rojo.

Entonces sacó su inseparable radio de bolsillo, camuflada en un paquete de cigarrillos, y la accionó.

—¿Simón? —susurró.

Sin respuesta. Y no insistió. A fin de cuentas, aquello era precisamente lo que había dado lugar a su viaje a Atenas: el inexplicable silencio del servicio de espionaje montado en Atenas.

Fue al teléfono, lo descolgó, ordenó que no se la molestase absolutamente para nada en toda la tarde, ya que pensaba descansar del viaje, y luego se tendió en la cama, tras una mirada hacia el armario que contenía el baúl con el cadáver de Tadeus.

Quien le había enviado a matarla, debió advertirle que aquella muchachita de hermosos ojos azules era mortal de necesidad. Pero lo que realmente tenía intrigada a Baby Montfort no era la personalidad de sus enemigos, de los cuales tenía muchos en todo el mundo, dada su profesión… Lo que la tenía intrigada era la personalidad de quien había avisado a la policía para que fuese a ayudarla…

¿Iba a resultar que tenía amigos en Atenas?

Capítulo III

El Hotel Peloponeso estaba en el cruce de las calles de Atenas y Sófocles. Y ya casi oscurecido, tras una prolongada siesta seguida de un buen rato dedicado a pensar, Brigitte salió de él dispuesta a poner en claro rápidamente lo que estaba sucediendo en la capital griega con los hombres de la CIA.

Tomó un taxi, al cual dio la dirección del Antiguo Depósito de Aguas, de modo que tuvo que atravesar media ciudad hacia el este. Se apeó en aquel lugar y luego continuó a pie hasta la calle de Dinócrates,

donde buscó el número que le interesaba, que le resultó ser una casa dedicada a la venta de alfombras. Se veía el escaparate, ya con las luces apagadas, mostrando grandes alfombras de diversas formas, calidades, y colores.

El lugar estaba bastante oscuro, pero antes de llamar, Brigitte se aseguró de que no había nadie vigilándola, a pesar de que había tenido buen cuidado de que la policía griega, en su encomiable celo, no fuera tras ella. Por fin llamó y esperó unos segundos. Luego volvió a llamar, ahora de un modo convenido. Esperó cinco segundos más y repitió la misma llamada. Casi enseguida la puerta se abrió y un hombre como de cincuenta años, gran cabellera entrecana y pequeños ojos brillantes apareció ante ella, mirándola fijamente.

Preguntó algo en griego, pero Brigitte encogió los hombros y forzó una sonrisa.

—Buenas noches, Hagriar —dijo en inglés—… Lamento no poder hablar en griego… ni en húngaro. El hombre asintió con la cabeza y se apartó de la puerta.

—Pase, señorita Montfort.

—Gracias.

Entró en la tienda, el hombre cerró inmediatamente la puerta y

Brigitte, a la escasa luz que llegaba desde la calle, le vio señalar hacia el interior.

—Sígame, por favor.

Se fue tras él, a menos de una yarda, siguiendo exactamente sus pasos. Recorrieron un pasillo, llegaron ante otra puerta, que Hagriar abrió, y la espía entró en primer lugar. Enseguida vio a los dos hombres.

Estaban sentados ante una mesa en la que se veían restos de una parca cena y una botella de vino. Tres vasos.

Hagriar entró, cerró la puerta y señaló a los dos hombres.

—De confianza —musitó—. Amigos míos. Son Anastas y Sócrates… Griegos los dos, claro.

Brigitte sonrió levemente. El llamado Anastas debía de tener casi cuarenta años y era muy alto, fuerte, casi descomunal; un rostro feo y una barba hirsuta, ojillos vivos, algo crueles. El otro era el tipo clásico de griego lanzando el discóbolo. Se había puesto en pie, demostrando que su educación superaba a la de Anastas, y sonreía simpáticamente.

—¿Cómo está, señorita Montfort? —saludó.

—Muy bien, Sócrates. Gracias.

Sócrates hablaba muy bien el inglés. Era alto, ancho de hombros, pero esbelto, agradable. Su rostro era muy hermoso, inteligente, de frente despejada, bien curvada. Vestía pantalones oscuros y un fino jersey de hilo negro, de modo que resaltaba su piel bronceada. Tenía los dientes muy blancos, limpios. Anastas debía de tenerlos amarillos, pensó Brigitte.

—Siéntese, por favor… —señaló Hagriar la silla que había acercado a la mesa—. Supongo que tendremos que hablar bastante.

Brigitte miró especulativamente a su alrededor.

Era el lugar más indicado para esconder micrófonos, cámaras de televisión, armas… e incluso cadáveres. Todo grande, destartalado, sórdido, lleno de cajas y paquetes de todas clases. Del techo pendía una bombilla cuya luz era impulsada solamente hacia abajo por una sucia pantalla.

—¿Estamos seguros aquí, Hagriar?

—Completamente —sonrió el húngaro—. No olvide que éste es mi escondrijo, mi… base. ¿Tuvo buen viaje?

—Un poco cansado, pero bueno. ¿Todavía no sabemos nada de

los tres agentes?

—Nada. Han desaparecido sin dejar rastro alguno. Tengo a varios hombres registrando Atenas de punta a punta. Nada. Ni rastro de ellos.

—¿Los habrán matado?

—¿Cómo saberlo? Le aseguro que estamos haciendo todo lo posible por obtener alguna pista de ellos. Precisamente, Anastas, Sócrates y yo estábamos estudiando la posibilidad de ampliar la zona de búsqueda… Aunque parece una pérdida de tiempo, ya que, sin necesidad de salir de Atenas, tres hombres pueden ocultarse para siempre.

—¿Ocultarse? ¿Cree que ellos mismos…?

—He querido decir que pueden ser escondidos —rectificó Hagriar hoscamente—…, y jamás ser encontrados.

—Ya… ¿Cuál es el nuevo plan que estaban estudiando?

—Emmm… Bueno, señorita Montfort, supongo que usted tiene su documentación en regla, a nombre de Brigitte Montfort, y que podrá demostrar de muchas maneras que usted es usted… Sin embargo, le agradecería que demostrase que usted, además de ser usted, pertenece a la CIA. En esta parte de Europa el servicio secreto soviético tiene muchos trucos.

—¿Cree que soy soviética?

—No, no Pero me gustaría que me demostrase que pertenece a la CIA. Y estoy seguro de que eso no va a molestarla.

Brigitte sonrió.

Abrió su bolsito, sacó de él el pequeño magnetófono que había entrado en Grecia escondido en un estuche de jabón líquido, lo dejó sobre la mesa y lo accionó…, mientras Sócrates, mirándola con clara admiración, le servía vino en un vaso limpio.

Del pequeño magnetófono empezaron a brotar las voces de un hombre y una mujer:

—Buenas tardes, Brigitte.

—Oh, tío Charlie… ¿Lo estaba esperando?

—Mmm… ¿Usted a mí?

—Claro.

—Pues… No. No me estaba esperando, Brigitte… ¿Qué tal se siente? Una pausa.

—Muy bien, tío Charlie. ¿Algo nuevo?

—Bueno… Está ocurriendo algo en Atenas que tiene preocupados a los jefes de Washington.

—No me diga que tengo que viajar a Atenas, querido tío Charlie.

—Lo digo. Lo tiene todo preparado: pasaporte, dinero griego, pasaje en un avión de la TWA En Atenas tendrá que buscar a un hombre llamado Lazlo Hagriar. Es húngaro, pero trabaja en Europa para nosotros desde la revuelta húngara de Budapest, contra los rusos… Nos ha prestado buenos servicios… Ésta es su fotografía.

—Hum… Parece un hombre astuto, ¿no?

—Lo es, querida. Un hombre inteligente, aunque sólo parezca astuto.

—Estupendo. Me gustan los hombres inteligentes, porque siempre se sabe cómo tratarlos y lo que se puede esperar de ellos. ¿Dónde tengo que encontrar a Lazlo Hagriar, exactamente… y para qué?

—Hagriar tiene una tienda de alfombras en Atenas, en el número nueve de la calle Dinócrates, cerca del Antiguo Depósito de Aguas. Llamará a su puerta primero normalmente, y luego con morse, marcando las letras CIAUSA.

—¡Qué bonita combinación! ¿Y qué…?

¡Guau, guau…!

—Calla, Cicero… ¿No ves que estoy hablando de cosas importantes con tío Charlie?

—Me crispa los nervios este perrito, Brigitte… ¿Por qué no lo regala de una maldita vez?

—Porque le he cogido cariño. Y no diga que eso es algo increíble, porque todavía más difícil es encariñarse con usted y… ya ve: yo le quiero, tío Charlie.

—Ejem… Bueno, bueno… Dejemos al perrito en paz y sigamos con…

—Yo le estaba preguntando respecto a lo que tengo que hablar en Atenas con Lazlo Hagriar.

—Vea estas fotos. Pero véalas bien, y retenga esos tres rostros en su memoria, querida.

—Tres hombres… Vaya… Tres guapos muchachos de aspecto más inteligente que el de Hagriar, en mi opinión… Ninguno de ellos tiene más de treinta y cinco años, y yo diría que… pueden ser peligrosos. ¡No me diga que son de la MVD, y que tengo que

matarlos!

—Pertenecen a la CIA Están trabajando en Atenas con los nombres de Aleco, Melquíades y Eurípides…

—¡Qué barbaridad! Esto parece una conferencia sobre la antigua cultura griega, filosofía… y cosas así. ¿Cuáles son sus verdaderos nombres?

—A + ah.

—Entiendo… Es mejor que no lo sepa, ¿no es cierto, tío Charlie?

—Así es.

—Bien… Pues para mí serán Aleco, el más rubito; Melquíades, el que tiene un lunarcito en la barbilla; Eurípides, el que parece tener ganas de sonreír y le caen un par de greñas en la frente… ¿De acuerdo?

—Perfecto, Brigitte.

—Bueno… Conozco a Lazlo Hagriar, a Melquíades, a Aleco, a Eurípides… Sé que tengo que ir a Atenas… ¿Qué más?

—Allá, en Atenas, se pondrá en contacto con Hagriar. Y entre los dos tienen que encontrar a Melquíades, Eurípides y Aleco.

—¿Qué quiere decir…? ¿Acaso estos tres guapos muchachos…?

—Han desaparecido.

—¡Desaparecido! ¿Los tres?

—Los tres. Ya sé que es cosa… frecuente que unos cuantos espías desaparezcan… En realidad, hay en Washington muy pocas esperanzas de encontrar a esos tres hombres. Pero hay que intentarlo. O al menos saber por qué han desaparecido. Es posible que nos enteremos de algo interesante, puesto que resulta un tanto… insólito que tres excelentes agentes de la CIA desaparezcan a la vez, sin dejar rastro, sin comunicar con su enlace…, en este caso Lazlo Hagriar. Él es quien nos ha confirmado la desaparición de nuestros tres hombres de Atenas. Le hemos notificado ya que cierta señorita Montfort, de nombre Brigitte, llegará en tal fecha y tal hora a su tienda de alfombras en Atenas, y que él deberá ponerse a sus órdenes.

—¿A las mías? ¡Qué bien!

—No bromee, Brigitte. Esto es algo serio. La desaparición de tres agentes, en sí, es algo casi rutinario. Lamentable, en verdad, pero es cosa que siempre se está esperando. Sin embargo, el hecho de que hayan desaparecido tres a la vez, y precisamente estando destinados

los tres en Atenas, nos hace pensar que quizás está sucediendo algo especial. Aparte de acontecimientos políticos de los cuales se hayan enterado nuestros hombres, cabe siempre la posibilidad de una campaña intensificada por parte de los rusos para limpiar de agentes de la CIA el Sur de Europa y el Oriente Medio… Ha ocurrido ya varias veces… por parte de ambos.

—No creo que sea eso.

—¿Por qué no?

—Porque habrían eliminado también a Lazlo Hagriar, supongo. Por cierto: ¿hasta qué punto puedo confiar en ese húngaro astuto?

—Debería decirle que ilimitadamente. Pero eso… me parece mucho confiar. Lo dejo a su criterio. Como siempre, resolverá la situación del modo más… adecuado.

—Tanta confianza me estremece de placer. Está bien, querido tío Charlie: veré de cerca la cara de Lazlo Hagriar y obtendré mis propias impresiones respecto a su fidelidad a la CIA. Volviendo a mis tres compañeros: ¿deberé llamarlos por la radio con la onda establecida para agentes en Grecia?

—No le servirá de nada, pero hágalo. Es obvio que si ellos estuviesen en condiciones de contestar a su radio de bolsillo, lo habrían hecho antes a las llamadas desde la base de Roma, París, Belgrado, Moscú y Estambul. Han desaparecido…, pero llámelos.

—¿Y si no contestan?

—Si no contestan, encuéntrelos.

—¿Vivos o muertos?

—Mmm… ¿Vivos o muertos? ¿Qué quiere decir?

—Pregunto si tengo que buscarlos sólo en el caso de que tenga una cierta certidumbre de que están vivos, o debo seguir tras su pista, aunque tenga la completa seguridad de que han muerto.

—Encuéntrelos vivos o muertos. Si están vivos, los trae de regreso a casa. Si están muertos, haga lo que mejor crea conveniente, pero entérese de por qué los han matado y quién ha sido. Si se entera de quién ha sido, elimínelo sin piedad. Usted sabe hacerlo, Brigitte. Córteles el cuello, estrangúlelos, rocíelos con gasolina… Lo que quiera. Si esos tres muchachos han sido asesinados, quiero que la CIA, por medio de usted, devuelva el golpe. No tenga piedad, insisto. Hemos de dejar bien sentado que la CIA devuelve golpe por golpe, y que tiene agentes capaces de

golpear… muy duramente.

—¿Hay inconveniente en que los envenene?

—Ninguno. ¿Por qué?

—Nunca he utilizado el veneno. Y tengo la impresión de que ha de ser divertido…, sobre todo si se trata de vengar a tres de mis compañeros. De un modo u otro, triunfaré.

—Lo sé muy bien.

—Muy amable. ¿Algo más?

—No. Saldrá mañana por la tarde, a las dos. Aquí tiene todo lo necesario. Suerte, querida.

—Adiós, tío Charlie. Hubo una breve pausa.

Luego se oyó de nuevo la voz de Brigitte Montfort:

—Tendrás que quedarte solo unos días, Cicero.

¡Guau!

—A mí también me da pena. Pero…, ¿sabes una cosa, queridito? Si hay algo que me irrite de veras es que mis queridos muchachos de la CIA sean eliminados. Ojalá los encuentre vivos, porque si no…, me temo que alguien, en Atenas, va a lamentar muy de veras haber perjudicado a los amigos de Brigitte Montfort.

Brigitte cerró el pequeño magnetófono, bebió un sorbito de vino y luego encendió un cigarrillo, tras cruzar magistralmente las hermosas piernas.

—¿Convencido, Hagriar? —sonrió.

—Desde luego. Yo he… entendido que ese hombre llamado tío Charlie la tiene a usted en un concepto muy estimable.

—Tío Charlie sabe muy bien que yo voy a conseguir todo aquello que pueda ser conseguido.

—Bien… Supongo que debemos admitir que es usted una agente de primera categoría y que…

—Categoría de lujo, Hagriar.

—¿Cómo?

—Soy una agente de lujo. Extra especial, por decirlo de otro modo. Le resulto un poco cara a la CIA, pero ni una sola vez han regateado mis… honorarios. Ellos, allá en Washington, ignoran que en casos como éste, yo trabajaría gratis. Es cierto eso de que no me gusta que molesten a mis muchachos. ¿Por dónde empezamos?

—No lo sé. Estamos a sus órdenes, desde luego. Pero de veras le digo que no tenemos la menor orientación. Llevamos cinco días

buscando por todos lados.

—¿Y el nuevo plan? El que iban a discutir cuando yo he llegado.

—El plan es tan simple como el primero, sólo que más amplio: poner en funcionamiento más efectivos. Es un poco arriesgado, pero…

—No pondremos en marcha más efectivos. Posiblemente eso es lo que alguien está esperando.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sócrates.

Brigitte lo miró con agrado, sonriendo dulcemente.

—Si han matado a Aleco, Melquíades y Eurípides, han matado la gallina de los huevos de oro Y como los enemigos de la CIA, por lo general, no son tontos, no creo que hayan hecho eso.

—¿Cree que esos tres hombres están vivos?

—Seguramente. Y ahora quieren que los busquemos. Quieren que nos movilicemos todos que nos pongamos al descubierto… Entonces, en lugar de tener tres huevos de la gallina, tendrán muchos más. Y no me gustaría convertirme en un huevo… aunque fuese de oro.

—Entiendo. Bueno…, ¿qué sugiere usted?

—Empezaremos por el principio. ¿Dónde se podía encontrar a los tres agentes, normalmente, antes de que esto sucediese?

—Ellos me encontraban a mí.

Baby Montfort se quedó mirando, con irónica sonrisita, los astutos ojos de Lazlo Hagriar.

—Oh, vamos, querido Lazlo… No querrá hacerme creer que usted no sabía cómo encontrar a cualquiera de esos tres chicos, ¿eh? Usted es astuto e inteligente. ¿Cuáles son sus domicilios?

—Ya estuvimos allí y no encontramos nada.

—Hay que saber buscar. En eso tengo una habilidad especial. Es como si mis ojos tuviesen rayos X. ¿Por cuál empezamos? ¿Cuál de ellos vive más cerca de aquí?

—Aleco.

—Pues empezaremos por él. ¿Tiene usted teléfono?

—Claro… En la tienda.

—Tomaré el número al salir. No se mueva de aquí hasta nuevo aviso «personal mío». Sólo deberá obedecer mi voz, Lazlo…, a menos que, al final de la conversación, yo diga «okay». Si después de decirle cualquier cosa, sea lo que sea, yo me despido diciendo

«okay», no haga usted ningún caso a mis palabras. ¿Lo ha entendido?

—Desde luego.

—Eso es todo. ¿Conocen sus amigos los domicilios de los tres chicos de la CIA?

—Claro… Han tenido que estar buscando estos días…

—Uno de ellos vendrá conmigo.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció inmediatamente Sócrates—… Tengo un viejo coche francés que nos será de gran utilidad. Esto… Bueno, eso será si le parece bien a usted, señorita Montfort.

—Naturalmente que sí, Sócrates —sonrió la divina—. Haremos una estupenda pareja… para buscar a esos tres muchachos. Oh, una cosa: ¿alguno de ustedes sabía dónde iba yo a alojarme al llegar a Atenas?

—Los tres, por supuesto —aclaró Lazlo.

—¿Los tres? ¿Y quién más?

Hagriar, Sócrates y Anastas se miraron, un poco perplejos.

—Nadie más, supongo —musitó Lazlo—. ¿Por qué?

—¿Enviaron a alguien a darme la… bienvenida al hotel?

—¡Claro que no! ¡Era usted quien tenía que venir aquí, así se convino!

—Cierto. Así se convino. ¿Nos vamos, Sócrates?

—¿Acaso fue alguien a recibirla? —masculló Agriar.

—No, no —mintió Brigitte—. Ha sido una pregunta tonta, Lazlo. Otra cosa: Anastas saldrá poco después que nosotros y recorrerá Atenas dando contraorden.

—¿Con… contraorden…?

—Todos a descansar. Que nadie se moleste en seguir buscando a tres muertos. Vamonos, Sócrates.

Capítulo IV

El desaparecido agente de la CIA que en Grecia respondía al nombre clave de Aleco había estado ocupando un diminuto piso en la calle de Hipócrates, muy cerca de la iglesia de San Nicolás. Brigitte y el apuesto Sócrates entraron en ese piso tras los rápidos manejos del segundo, con una ganzúa, puesto que ya conocía el mecanismo de aquella cerradura. El edificio era pequeño, completamente blanco por fuera, pero más bien oscuro por el interior. El piso tenía un recibidor-comedor muy pequeño, estrecho; una cocina diminuta; un dormitorio corriente y el servicio higiénico también corriente. Cada pieza tenía una ventana, y las del servicio y la cocina daban a un estrecho y lóbrego patio interior.

No podía decirse que la estancia de Aleco en Grecia fuese precisamente cómoda. Con lo cual el buen Aleco todavía le resultó más simpático a Brigitte. Claro que ella también era capaz de vivir en cualquier sitio y de cualquier modo cuando estaba cumpliendo una misión…

—¿Se convence? —musitó Sócrates.

Llevaban más de veinte minutos registrando aquel piso, y, efectivamente, Brigitte empezaba a convencerse de que nada de interés iban a encontrar allí. A fin de cuentas, era lo lógico: no podía esperarse que un agente de la CIA tuviese en su domicilio de Atenas nada que pudiese comprometerlo en un momento dado.

—Sí —suspiró la divina—… Parece que no vamos a encontrar nada interesante aquí, Sócrates.

—Nosotros estuvimos antes. Le aseguro que lo registraremos todo muy bien, incluso invirtiendo más tiempo que ahora. No hay nada: ni fotografías, ni armas, ni pistas de ninguna clase, ni micrófonos… Absolutamente nada, créame.

—Bien… Vayamos ahora al domicilio del siguiente. ¿A quién le toca?

—A Eurípides.
—Pues vamos allá.

* * *

Fueron. Pero tampoco en el domicilio de Eurípides parecía haber nada revelador. Eurípides había tenido más suerte en la asignación de su personalidad en Grecia. Vivía…, o había estado viviendo, mejor dicho, en un apartamento más bien moderno, alto, con buena iluminación y mejores servicios. Había dos dormitorios, cuarto de baño y hasta tenía un televisor en un rincón del pequeño saloncito.

Posiblemente, un equipo de técnicos de la CIA hubiese podido encontrar allí algo interesante pero dos personas solas, sin medios técnicos de localización de aparatos de cualquier clase, hubiesen necesitado un par de días para desmontarlo todo hasta convencerse de que nada había allí que les interesara.

—Seguramente, Sócrates, volveremos aquí —musitó Brigitte—… Pero, de momento, será mejor que vayamos a examinar el domicilio de Melquíades. ¿Está muy lejos?

—Hacia la estación del Peloponeso… No demasiado.

—En marcha, pues.

* * *

Melquíades tenía una pequeña tienda de artículos fotográficos con un estudio muy discreto para la obtención de fotos de poca importancia. Eso, aparentemente, ya que era obvio que todo el trabajo fotográfico de la CIA en Atenas pasaba por aquella tienda: microfilmes, toma de huellas, fotos de agentes enemigos o sospechosos, movimientos militares, armamentos…

También la tienda estaba cerrada, pero una vez más Sócrates resolvió la cuestión utilizando sus ganzúas. Entraron los dos, dejaron la puerta de nuevo cerrada y se quedaron inmóviles, muy juntos, conteniendo la respiración, en la pequeña sala de recepción de clientes.

Brigitte encendió su pequeña linterna y la delgadísima raya de luz fue hacia las paredes, mostrando gran cantidad de fotografías

clavadas con chinchetas. Un mostrador. Detrás, una cortina, tras la cual, indudablemente, debía de haber una puerta.

Fue Sócrates quien se acercó allí, pistola en mano; apartó la cortina y la luz de la linterna de Brigitte dio en la puerta, que estaba solamente entornada. El griego la empujó, lentamente. Se oyó un ligero chirrido.

La raya de luz se adentró en el estrecho pasillo, moviéndose de izquierda a derecha. Brigitte se había colocado junto a Sócrates, que parecía tener gran interés en estar en primera fila, como queriendo proteger a la espía de cualquier posible ataque.

Entró el primero en el pasillo, siempre dispuesta la pistola. Había dos puertas a cada lado del pasillo, y una al fondo. Las cuatro primeras fueron abiertas una tras otra, y los dos personajes recorrieron las cuatro dependencias: cocina-comedor, aseo, dos dormitorios. La puerta del fondo daba a un patio descubierto, bordeado por una tapia de no menos de ocho pies de altura. En un rincón, cerca de la tapia, había dos palmeras. En el centro, un pozo, muy encalado de blanco el brocal. Un banco, bajo la sombra de un castaño.

—Será difícil encontrar algo aquí —musitó Sócrates.

Brigitte tenía la mirada fija en el pozo. Se acercó a él, se asomó y dirigió hacia abajo la fina raya de luz, mientras Sócrates, de pronto alarmado, como adivinando la idea de la espía, se asomaba por delante de ella…

Pero no.

No había ningún cadáver en el fondo del pozo, que estaba casi seco. Se veía una pequeña mancha de agua, que reflejó mortecinamente la luz de la linterna. Sócrates suspiró y Brigitte lo miró de reojo, sonriendo divertida.

—Veamos con más detenimiento las habitaciones, Sócrates.

—Ya las examinamos, y no había…

—Volveremos a mirarlas.

—Usted manda.

Entraron de nuevo al pasillo y Brigitte se dirigió resueltamente hacia la primera habitación de la derecha. Sócrates entró tras ella y dio la luz, tras cerrar la puerta. Era uno de los dormitorios y parecía que nadie lo utilizaba. Había bastante polvo sobre los muebles, y en los rincones. Un par de telarañas en el techo, en sendos rincones.

No parecía el lugar donde un agente dejase un mensaje. Lo mejor era entrar en el otro dormitorio, el que seguramente había estado siendo utilizado por Melquíades.

Brigitte señaló el interruptor de la luz y Sócrates la apagó. Ella salió al pasillo y se dirigió hacia el otro dormitorio. Detrás de ella, Sócrates estaba cerrando la puerta. Brigitte se encontró de pronto a oscuras, y recurrió de nuevo a su linterna…

Estaba a punto de encenderla, cuando tras ella oyó un golpe, ruido de pies, un quejido. Quiso volverse inmediatamente, mientras su mano derecha descendía a toda prisa hacia el muslo izquierdo, y empezaba a subir la falda, para despegar la pistolita de la pierna izquierda… Al mismo tiempo, empezaba a volverse, apartándose hacia un lado lo más rápidamente que pudo.

Mas no lo bastante rápidamente.

Recibió el golpe en la cabeza cuando apenas había iniciado la vuelta. Un golpe duro, pero contenido. Fuerte, pero no violento. Tuvo la sensación de que su cabeza se encogía bruscamente, y de pronto se ensanchaba, estallando en miles de pedazos que se esparcían entre sombras negras salpicadas de puntitos rojos…

* * *

—Señorita Montfort…

Oyó perfectamente la voz, pero todavía tardó algunos segundos en reconocerla, en recordar lo poco que sabía de lo sucedido. Abrió los ojos, pero los cerró inmediatamente, al recibir en ellos el chorro de luz.

—¿Está bien, señorita Montfort?

No era tal chorro de luz, sino la fina raya de su pequeña linterna. Sócrates debió de comprender que la molestaba, porque la apartó. Brigitte pudo abrir completamente los ojos, y vio ante ella la sombra apolínea del griego.

—¿Dónde estamos, Sócrates?

—En el mismo sitio.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé… ¿Está bien?

—Creo que sí. ¿Le golpearon a usted también?

—Claro. Buscaré un trapo o algo para empaparlo y ponérselo en

la cabeza… Tiene un buen chichón.

—Estoy acostumbrada a los chichones.

—Yo también —rió quedamente Sócrates—. En cuanto al dolor de cabeza, ya pasará. La cosa podía haber sido mucho peor para nosotros, ¿no le parece?

—Mucho peor —musitó Brigitte desconcertada, alzando una mano hacia la frente—. No me explico por qué no nos han matado…

Se calló bruscamente, porque estaba notando algo extraño en la mano que había alzado. Era algo blanco, ligeramente crujiente. Un papel. Se quedó mirándolo sin comprender, desconcertada.

Sócrates también lo estaba mirando, y apuntó de pronto la linterna hacia allí. Efectivamente, era un trozo de papel, cortado de cualquier manera.

Brigitte lo bajó, lo extendió y quiso leerlo, pero chasqueó la lengua decepcionada.

—Está escrito en griego…

—Yo lo leeré. Veamos… Dice: «Eleusis. Villa Oriente. Stanislas Papagos. Cuidado. Preséntese como compradora de drogas».

Brigitte quedó con la boca abierta, mirando el rostro en sombras del griego.

—No entiendo bien… ¿Está seguro que dice eso?

—Supongo que no pensará que soy un analfabeto. Y tenga en cuenta que esto está escrito en mi propio idioma.

—Claro… Sí, claro… ¿Quiere volver a leerlo?

—Eleusis. Villa Oriente. Stanislas Papagos. Cuidado. Preséntese como compradora de drogas.

—¿Entiende algo de esto, Sócrates?

—No sé… De momento, le diré que Eleusis es un pueblo; está a unos veinticinco kilómetros de Atenas. Villa Oriente, puede ser el lugar de Eleusis donde vive… o está un hombre llamado Stanislas Papagos… Cuidado, significa, por supuesto, que en ese lugar hay peligro… Lo de las drogas no lo entiendo. No sé.

Brigitte quedó pensativa. Ella tampoco entendía demasiado bien el asunto, pero lo sucedido ratificaba su primera impresión de que tenía amigos en Atenas. Primero, habían avisado a la policía para qué evitase que Tadeus la asesinase. Luego, le daban una pista. Y en ambas ocasiones, la persona o personas que la estaban ayudando

preferían permanecer en el anónimo…, llegando incluso a golpearla con tal de que ella no supiese quién la estaba ayudando. Porque, indudablemente, la persona que había dejado aquel papel en su mano era la misma que les había golpeado a Sócrates y a ella. Un amigo. De otro modo, hubiese podido matarla en lugar de limitarse a golpearla y, además, proporcionarle una pista…

—¿Cree que su coche podrá llevarnos hasta Eleusis, Sócrates?

—Y mucho más allá. Es viejo, pero funciona muy bien. ¿Vamos a ir a esa Villa Oriente?

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer… A menos que tenga otra idea mejor.

—Ninguna. Es nuestra única pista.

—Exacto. Ahora lléveme al hotel… Al Peloponeso. ¿Sabe dónde está?

—Claro.

—Pues en marcha.

Salieron de la tienda de artículos fotográficos sin hacer más averiguaciones, ya que Brigitte, con aquella pista, había perdido todo interés por lo que pudiese encontrar allí.

Estuvieron ante el hotel en veinticinco minutos. Sócrates paró el motor del coche y se quedó mirando a Brigitte.

—¿La espero aquí o subo con usted?

—Vaya a ver a Lazlo. Dígale lo que ha ocurrido y avísele de que usted y yo salimos esta misma noche, dentro de una hora como máximo, hacia Eleusis. Ellos deberán acudir mañana allá, buscar la Villa Oriente y esperar por allí cerca hasta el mediodía. Si para entonces no han tenido noticias nuestras, deberán entrar a pedirle cuentas a ese hombre llamado Papagos.

—De acuerdo. Ah: será mejor que llame usted a Lazlo por teléfono.

—¿Por qué?

—Recuerde lo que le dijo: sólo deberá obedecer órdenes directas de usted.

—¿Acaso Lazlo desconfía de usted, Sócrates?

—No creo. ¿Por qué habría de desconfiar? Pero en estos casos siempre es mejor jugar sobre seguro. Brigitte estuvo unos segundos mirando al apuesto griego, parpadeano un poco desconcertada.

—Está bien. Lo llamaré. Usted regrese aquí lo antes posible y

suba a mi cámara. La diecisiete, ya sabe. Tiene que ayudarme a bajar mi equipaje.

—¿Su equipaje? Pero para ir a…

—Yo siempre viajo con mis cosas, Sócrates. Otra cosa: si la policía le parase y le preguntase algo diga tan sólo que lo he visto en El Pireo y que le he contratado como guía durante mi estancia en Grecia. Sólo eso.

Un brillo de alarma apareció en los ojos del griego.

—¿Qué tiene que ver la policía con todo esto?

—Ya le contaré. Ahora vaya a ver a Lazlo. Repítale que retire a todos los hombres de la búsqueda.

—De acuerdo.

Bngitte se apeó, entró en el hotel, pidió su llave y subió a la cámara. Cerró tras ella, fue al dormitorio, abrió el armario y movió el baúl: pesaba lo bastante para comprender que Tadeus continuaba allí dentro. Por lo demás, todo parecía estar igual.

Cogió su maletín, le echó un vistazo, se aseguró de que todo estaba en orden, lo cerró, lo dejó sobre la cama y descolgó el teléfono, recibiendo línea automáticamente. Marcó el número de Lazlo Hagriar y obtuvo respuesta inmediatamente, como si hubiesen estado esperando la llamada. Eso quería decir que Sócrates había llegado ya a la tienda de alfombras.

—¿Lazlo?

—…

—¿Ha llegado Sócrates?

—…

—Bien. ¿Le ha contado…?

—…

—Bien, que acabe de contárselo. Él le dará mis instrucciones…

—…

—Oh, bien, las daré yo: Sócrates y yo nos vamos a Eleusis, en busca de una llamada Villa Oriente, donde, según parece, vive un hombre llamado Stanislas Papagos, ante el cual debo presentarme como compradora de drogas. Usted y Anastas salgan mañana temprano hacia allá y esperen hasta el mediodía. Si para entonces no han tenido noticias mías o de Sócrates; entren a buscarnos…, con muchas precauciones. ¿Lo ha entendido bien?

—…

—Estupendo. Ahora, que Sócrates venga a buscarme inmediatamente. ¿Le ha dicho que insistí en que la búsqueda debe cesar?

—…

—Pues eso es todo. Hasta mañana…, de un modo u otro.

—…

Colgó el auricular, quedó pensativa unos segundos, sacó un cigarrillo, lo encendió, y todavía con la llamita del encendedor ante ella sacó del seno el papel que habían puesto en su mano en el domicilio del desaparecido Melquíades.

Tras otros pocos segundos de vacilación apagó la llamita.

Luego colocó el papel bajo la bombilla de la mesita de noche y lo fotografió con la cámara oculta en el encendedor.

Entonces sí prendió fuego al papel.

Olía muy fuerte, como… como a chamusquina. Eso era exactamente: todo aquel asunto estaba empezando a olerle a chamusquina.

Capítulo V

Lazlo Hagriar colgó el auricular del teléfono lentamente. Luego quedó pensativo unos segundos, fruncido el ceño, antes de volverse hacia Sócrates y mascullar hoscamente:

—Has debido matarla.

—No es tan fácil —musitó Sócrates.

—¿Ah, no? ¿Cuál es la dificultad? Que yo sepa, esa Brigitte Montfort es sólo una mujer… ¿O no?

—Lo es. La más hermosa que he visto jamás.

Anastas soltó un gruñido de desagrado, y Hagriar volvió a fruncir el ceño, mientras amenazaba a Sócrates con un dedo.

—Escucha esto, Sócrates: hermosa o fea, esa chica tiene que morir. Vamos a admitir que es muy peligrosa. De acuerdo: admitido. Pero tú también lo eres.

—Y más que ella —sonrió Sócrates—. Estoy seguro de que yo no habría fallado, como lo hizo Tadeus.

—No sabemos lo que le pasó a Tadeus —masculló Anastas.

—¿No? Bueno, ¿qué es lo que esperas? ¿Acaso verlo aparecer por aquí en cualquier momento, diciendo que no se acordó de matar a Brigitte Montfort? Desde que ella llegó al hotel hasta ahora, Tadeus ha tenido tiempo de ir a París en avión y volver, nada menos. En cambio, no ha tenido tiempo de llegar desde el hotel Peloponeso hasta aquí. ¿Quieres que te diga por qué?

—Porque está muerto. Esa chica lo mató. Y ahora lo tiene dentro de un baúl… Me apostaría el pellejo a que es así. Está bien, podéis sonreír con esa tonta burla, pero estoy convencido de que ella mató a Tadeus. Cómo lo consiguió, no lo sé. Pero lo hizo.

—¿Por qué no nos lo dijo al llegar? —sonrió Hagriar torvamente.

—Porque no confía en nosotros. Nos preguntó si habíamos enviado a alguien a recibirla… Luego nos preguntó si los tres

sabíamos a qué hotel y cuándo iba a llegar ella… De todo eso sacó en claro que sólo nosotros tres sabíamos eso… ¿Consecuencia lógica?: ella puede estar pensando ahora que uno de nosotros tres…, o los tres, enviamos a Tadeus a matarla.

—Todo eso, suponiendo que sea cierto que Tadeus fue allá y ella lo mató.

Sócrates hizo un gesto de fastidio, harto expresivo respecto a sus dudas sobre la inteligencia de Anastas. Lazlo Hagriar parecía sopesar con más serenidad aquellas hipótesis del griego apolíneo.

—Es posible que ocurriese eso —musitó—. Pero también es posible que no, Sócrates. ¿Por qué mencionó ella a la policía?

—No lo sé. Me dijo que si la policía me paraba cuando fuese a buscarla, debía decir que ella me ha contratado en El Pireo como guía durante su estancia en Grecia. No dijo más.

—¿Habrá avisado a la policía, si es cierto que mató a Tadeus? —musitó Anastas.

Sócrates lo miró despectivamente, pero fue Hagriar quien expuso los pensamientos de los dos.

—Un espía no recurre a la policía porque lo hayan querido matar, Anastas. Sería absurdo: Sin embargo, parece evidente que la policía ha tenido o tiene algo que ver con Brigitte Montfort…

—Y hay otra cosa —deslizó Sócrates—: alguien la está ayudando. Me refiero a la persona que nos golpeó a ella y a mí en la tienda de Melquíades y que le dejó el papel…

—Debiste matarla entonces, Sócrates —sentenció Anastas.

—Maldita sea…, ¿cómo puedes ser tan bestia? —Se irritó Sócrates—. Ya tenía mis dudas respecto a la conveniencia de matar a esa mujer, y el papelito me ha dado la razón. Cierto que pude matarla en los domicilios de Aleco, Eurípides o Melquíades… Incluso pude llevarla engañada a cualquier lugar y cortarle el cuello… Pero me retuvo, en principio, el hecho de que ella estuviese viva y Tadeus no apareciese por aquí. Luego, lo del papel confirmó mis sospechas de que alguien está ayudando a la Montfort. Alguien que no conocemos… Posiblemente, otro agente llegado de Estados Unidos, en combinación con ella. En ese caso, nuestra actitud hacia la chica debe ser amistosa; tenemos que demostrarle a ese otro agente que permanece en la sombra que nosotros seguimos siendo leales a la CIA. De otro modo, aunque matásemos a Brigitte

Montfort, ese otro agente nos liquidaría a nosotros…

—No le sería tan fácil.

—¡No se trata de que sea fácil o no, sino de que sabría que estamos traicionando a la CIA! Entonces, ese agente desconocido sólo tendría que avisar… Vendrían media docena de agentes americanos desde varios puntos de Europa y nos harían pedazos en una hora… Nos irían atrapando uno a uno, en cualquier rincón, en cualquier momento… Eso no interesa.

—Quizá nosotros los matásemos a ellos. Sócrates miró a Lazlo Hagriar desesperado.

—Explícaselo tú —suspiró—: reconozco mi incapacidad para hacerle entender las cosas a este pedazo de roca.

—Sócrates quiere decir que no interesa de ninguna manera pelear con la CIA, ya que, aunque matásemos a los agentes que enviasen a matarnos a nosotros, habríamos perdido la confianza de la CIA, eso es natural. Entonces perderíamos el negocio. Lo que interesa es tratar a Brigitte Montfort como si realmente fuésemos amigos suyos, a fin de que si algún compañero suyo está a la expectativa, se convenza de que el grupo de Lazlo Hagriar sigue siendo fiel a la CIA. Éste es el único medio de poder continuar con el negocio con la misma seguridad con que hasta ahora, Anastas.

—Si no hubieses informado de la desaparición de Aleco, Eurípides y Melquíades…

—Si no lo hubiese hecho, la CIA lo habría sabido no tardando mucho… Y me habrían preguntado los motivos por los que no informé semejante cosa. Con lo cual, estaríamos también en apuros… Sócrates tiene razón: hay que actuar despacio, pensando bien las cosas. Y todavía tenemos que actuar con más cautela ahora que, según parece, Brigitte Monfort tiene un amigo, aunque ella pretenda ignorarlo delante de nosotros.

—Me pregunto para qué necesitamos nosotros a la CIA ahora que tenemos el otro negocio en marcha.

—No necesitamos a la CIA. Sólo se trata de que la CIA llegue a la conclusión de que sus tres hombres han desaparecido por causas relacionadas con el espionaje, y que, al mismo tiempo, queden satisfechos de nosotros y nos dejen en paz.

—Enviarán más agentes para que se pongan en contacto contigo.

—Que los envíen. También desaparecerán. Al final, la CIA

llegará a la conclusión de que yo soy un elemento «quemado», y prescindirá de mis servicios… en Grecia. Me enviará a otro lugar y allá podré seguir haciendo lo que a mí me convenga. Por otra parte, si los agentes que envíen no son tan listos como los otros, podré seguir en Atenas, trabajando para la CIA y aprovechando su potencia para nuestro negocio… Yo creo que está bien claro.

—Lo está —dijo Sócrates—. Igualmente está claro que para seguir gozando de la confianza de la CIA no puedo matar a esa chica. Si su compañero me ve hacerlo, o lo descubre, todo se irá al infierno, y ya no podremos utilizar el tinglado del espionaje americano para continuar con el contrabando de drogas hacia Occidente.

—Me estás sorprendiendo, Sócrates —musitó Hagriar, muy entornados los ojos—. Estás demostrando una gran capacidad para pensar… Pero quizá no deberías obstinarte tanto en creer que la Montfort tiene cerca a algún amigo que vigila, investiga, la ayuda…

—Bueno… ¿Ella es o no es una espía?

—Sin duda.

—¿Vamos a creer que es tan… excepcional que viene a Grecia ella sola, por las buenas, dispuesta a encontrar a tres compañeros suyos como si fuese la cosa más fácil del mundo?

—¿Sugieres que es una agente de escasa categoría, y que quizás está… encubriendo el trabajo de un agente mucho más preparado?

—¿Por qué no? Os recuerdo una vez más que alguien la está ayudando.

—Cierto… Sí, cierto…

—Además, ella ha tenido que venir a Grecia contando con buenos contactos, con facilidades de conexión con los agentes de otras ciudades, vías de escape hacia Estados Unidos, sistemas de transporte a utilizar… Si no ha venido con todo eso preparado y sabido, es que, en verdad, Brigitte Montfort es una espía de primerísima magnitud, con una capacidad de improvisación en cualquier terreno o circunstancia que nos dejaría a todos helados de asombro.

—¿Y no crees que ella sea una agente de primerísima magnitud, Sócrates? —susurró Hagriar. El apolíneo griego quedó pensativo unos segundos.

—Es posible que lo sea… Entonces, de un modo u otro, ella es

una pieza muy importante, y no la habrán lanzado hacia Europa sin tener la seguridad de que cuenta con recursos o conocimientos de tal envergadura que la… inmunizan contra cualquier contratiempo. Si ella ha venido sola es que, realmente, es peligrosísima, y capaz de recurrir a cualquier hombre de la CIA en Europa de un modo u otro, en caso de apuro.

—¿La crees capaz de ir tocando puntos de la CIA en Europa sin haber venido aleccionada en ese sentido?

—¿Por qué no? Parece que tenemos que llegar forzosamente a la conclusión inevitable de que, de un modo u otro, Brigitte Montfort es una pieza de gran categoría.

Lazlo Hagriar quedó nuevamente pensativo, dándose suaves tirones al labio inferior, perdida la mirada hacia el techo.

Tardó más de un minuto en exponer su último punto de vista:

—Hay que matarla.

Sócrates encogió los hombros.

—La CIA sabrá que he sido yo, Lazlo.

—No serás tú.

—¿Cómo…?

—Se harán las cosas de modo que tu responsabilidad…, la de nosotros tres, quede bien a salvo.

—¿De qué modo?

—La matarán un par de hombres, o tres. Se supondrá que la han estado vigilando, que sabían que iba a llegar, que primero enviaron a Tadeus, y que al fallar éste han recurrido a otros exterminadores… Ella tiene que morir. ¿No estás de acuerdo?

—Lo encuentro lamentable, por cuanto se refiere a nuestra propia seguridad.

—Peor sería que esa chica llegase viva a Villa Oriente.

—Absurdo, Lazlo. Ten en cuenta que su compañero desconocido ya sabe de la existencia de esa villa y el nombre de Papagos… Parece que lo sabe todo.

—Entonces, irá también a Villa Oriente…, y será eliminado. Luego, Stanislas Papagos tendrá que utilizar otro nombre… y otro lugar de residencia. Eso será todo. La CIA perderá a Brigitte Montfort, a su amigo desconocido…, y perderá, por fin, cualquier pista respecto a lo ocurrido con Aleco, Melquíades y Eurípides. ¿Qué opinas ahora?

—Peligroso. Pero supongo que hay que hacerlo. ¿Quién se encargará de la Montfort?

—Llamaré por teléfono a Villa Oriente. Y estoy convencido de que Stanislas Papagos enviará a dos o tres hombres en un coche…, que os saldrá al encuentro en la carretera.

—Entiendo. ¿Qué pasará conmigo?

—Mmm… La CIA tendrá que admitir que has tenido…, que habrás tenido más suerte que su agente Montfort al salir de la encerrona sólo con alguna herida de poca importancia.

Sócrates no pareció muy satisfecho con el plan, pero acabó por encoger nuevamente los hombros.

—Está bien… Ya empezó a ir todo mal cuando esos de la CIA se dieron cuenta de que estábamos utilizando su tinglado para pasar drogas… Espero que acertemos en la solución esta vez.

—¿Por qué no? Ve a buscarla ya.

Sócrates acabó el vino que tenía en el vaso, se puso en pie y abandonó la cocina de la tienda de alfombras.

* * *

—Hola —sonrió—. ¿Todo dispuesto?

—Pase. —Brigitte se apartó de la puerta—. Empezaba a temer que algo no fuese bien, Sócrates.

—Que yo sepa, todo va bien. —El griego entró en la cámara y Brigitte cerró la puerta—. Tengo el coche abajo. Cuando quiera podemos partir hacia Eleusis.

—¿Ha visto a la policía?

—¿Qué ocurre exactamente con ella?

—Están buscando a un asesino que quiere matarme —sonrió la divina espía—. Esperemos que no lo encuentren.

Sócrates miró a todos lados, divertido, al parecer.

—¿Acaso podrían encontrarlo aquí?

—¿Podrá con ese baúl? —señaló Brigitte.

—Naturalmente.

El griego fue hacia el baúl, se inclinó, lo cogió por las asas e hizo ademán para levantarlo. Se quedó encorvado, atónito, y miró a Brigitte, como quien no comprende.

—Pesa mucho, ¿no es cierto? —rió ella.

—Pues sí… ¿Qué lleva aquí dentro? ¿Lingotes de oro?

—Sólo un cadáver que no tardará en empezar a oler, Sócrates… El cadáver de un hombre llamado Tadeus. Vino a la cámara con intenciones de asesinarme, y tuve que… estrangularlo con mis sujetadores.

El griego quedó de nuevo boquiabierto.

—Pero… ¿cuándo… cuándo ha sido eso? —tartamudeó.

—Esta mañana. Apenas llegar a Atenas. Me estaba bañando.

—Oh. Emmm… Bueno, no comprendo… Un momento: ¿por eso nos preguntó quiénes sabíamos lo de su llegada a la ciudad?

—Sí.

—¿Creyó que nosotros habíamos enviado a… a Tadeus?

—¿Le parece absurdo?

Sócrates reflexionó y acabó sonriendo de un modo muy agradable.

—No —admitió—. No me parece absurdo, señorita Montfort. Pero espero que se habrá convencido de que no lo enviamos nosotros. Eso sí que sería absurdo.

—¿En qué quedamos? —rió ella—. ¿Sería o no sería absurdo que yo pensase que lo habían enviado las únicas tres personas que sabían de mi llegada a Atenas?

—Quiero decir que no es absurdo que hayan intentado matarla… Y que le ruego que no sospeche de mí, al menos. Si hubiese querido matarla, ya podría…

—… Haberlo hecho. Lo sé, Sócrates. Y no desconfío de usted… ¿Cuál es su apellido?

—Kopoulos.

—¿Dónde nació?

—En… ¿Me está interrogando?

—Simple curiosidad.

—Nací en Salónica, hace treinta y dos años —rió el griego—. ¿Quiere que le cuente mi vida de aventurero?

—Podemos dedicamos a eso por el camino —rió también Brigitte—. ¿Le ayudo a cargar el baúl?

—No, no… Ha sido sólo la sorpresa al encontrar un peso que no esperaba. Podré yo solo.

Cierto. El atlético Sócrates Kopoulos empleó ahora las energías adecuadas, y el baúl quedó prontamente cargado en su ancha y

musculosa espalda.

—¿No se deja nada, no olvida algo en particular…?

—He avisado a conserjería que estaré fuera de Atenas unos días, pero que la cámara sigue ocupada. Y llevando mi maletín, no olvido nada. ¿Nos vamos?

—Cuando guste.

Brigitte abrió la puerta y Sócrates salió de la cámara, llevando con facilidad el baúl. Bajaron en el ascensor. Al llegar a la planta, el griego se lo cargó de nuevo, sin evidenciar el auténtico peso que estaba manejando. Pero cuando iba a dar el primer paso, ya fuera del ascensor, hacia la salida del hotel, un hombre apareció ante él y otro se encaró amablemente con Brigitte. El primero de ellos llevaba el uniforme de la policía griega…

—¿Ocurre algo, señorita Montfort?

—Oh, capitán Arístides… No, no… No ocurre nada. ¿Por qué?

—¿Se marcha del hotel?

—Sólo de viaje… Un pequeño viaje por el sur de Grecia y algunas islas. ¿No se ha informado ya de que dejo en el hotel parte de mi equipaje y que la cámara sigue ocupada, puesto que pienso regresar a Atenas?

El capitán Arístides sonrió simpáticamente.

—Debo confesar que sí. —Dirigió una mirada al baúl—. ¿No lleva demasiado equipaje?

—Espero que en Grecia no esté prohibida la… elegancia, capitán. Me gusta vestir adecuadamente al momento, por lo general. Mmm… No me obligará a enseñarle prendas íntimas, ¿verdad?

—Ya vi una —casi rió Arístides—. Y fue… muy agradable. ¿Puedo confesarle que es usted… muy simpática, señorita Montfort?

—Muy amable, capitán.

—Pero muy lista también. ¿Cómo consiguió despistar esta tarde a mis dos hombres que la seguían?

Los hermosos ojos azules se abrieron expresando un gran asombro.

—¡Cómo…! ¿Me seguían sus hombres, capitán? Arístides volvió a reír, ahora señalando a Sócrates.

—¿Quién es él?

—Se llama Sócrates Kopoulos, y nació en Salónica hace treinta y

dos años. Ha prometido contarme su vida aventurera durante el viaje… Es griego, es agradable, conoce el país, y hasta es posible que me enseñe a hablar su idioma… Lo demás tendrá que preguntárselo a él, capitán. O eso, o dejarme seguir mi camino y mi trabajo… De lo contrario, en mis reportajes diré que la policía griega es muy… opresiva.

—No, por favor… No se moleste conmigo. Solamente pretendo que no le ocurra nada desagradable.

—Pues me está ocurriendo algo muy desagradable.

—Dígame qué es y lo evitaremos…

—Perder el tiempo.

—Oh… Bien, le deseo un feliz viaje por Grecia… Y perdone si la hemos molestado.

—Perdonado —sonrió Brigitte—. Hasta la vuelta, capitán… Y no envíe a sus hombres detrás de mí, por favor. Me hace sentirme como una espía peligrosa. ¿Vamos, Sócrates?

Arístides se apartó, y Brigitte y Sócrates pudieron seguir su marcha hacia la salida del hotel. El coche estaba estacionado cerca de allí, y el griego metió el baúl en el asiento de atrás, mientras Brigitte se sentaba en el asiento contiguo al del conductor, que Sócrates ocupó muy pronto. Puso el coche en marcha, suspiró, y miró a Brigitte de reojo.

—Tiene usted mucha sangre fría, lo admito… ¿Qué es lo que pasa con la policía?

—Llegaron a mi cámara esta mañana, diciendo que alguien les había avisado de que querían matarme.

Sócrates volvió a medias la cabeza, estupefacto.

—¿Cómo dice…?

—Alguien llamó al hotel y advirtió al gerente de que iban a intentar asesinar a la ciudadana americana llamada Brigitte Montfort, recién llegada de Estados Unidos. El gerente llamó a la policía, les dijo lo que ocurría, y el capitán Arístides tomó cartas en el asunto. Desde entonces está intentando vigilarme. Pero lo hacen muy mal.

—Sí, claro… ¿Quién avisó al gerente del hotel de que querían asesinarla?

—No lo sé —sonrió Brigitte—. Supongo que la misma persona que me dejó el papelito en la mano en el domicilio de

Melquíades…, y la misma persona que ahora me ha dejado otro papelito en el asiento.

—¿En el…? ¿Qué…?

Brigitte mostró la mano que había colocado bajo ella y puso un papel ante los ojos de Sócrates, brevemente.

—Estaba en el asiento. Han debido de ponerlo mientras usted estaba arriba conmigo… Pare donde pueda y lea lo que dice.

—Bien…

Sócrates detuvo el coche casi enseguida, tomó el papel y dio la luz interior del coche, para leer cómodamente el contenido de la nota, cuyas letras griegas tenían los mismos trazos que las de la nota anterior.

—Dice: «Atención a la ruta. Dos o tres hombres querrán matarla».

—¿Qué más?

—Nada más.

—Sigamos el camino.

—¿Hacia Eleusis?

—Claro.

—Pero…

—¿Tiene miedo, Sócrates?

_De un modo muy razonable —admitió el griego—. Supongo que, más o menos, lo mismo que usted.

—Okay —sonrió la divina—. Es bueno tener un poco de miedo. Nos estimula la cautela. Pero si alguien está pensando que no voy a seguir adelante, se equivoca completamente. Vamos hacia Villa Oriente.

Capítulo VI

Sócrates Kopoulos tenía una charla divertida, amena, y la astuta y peligrosísima espía Baby tuvo que reír alegremente durante algunos pasajes del relato del griego respecto a sus aventuras, algunas de ellas no poco escabrosas, y otras en verdad peligrosas. Pero a pesar del buen humor de Sócrates y de la risa de Brigitte, ninguno de los dos se descuidaba un solo instante. Las miradas de ambos permanecían fijas en la carretera que les llevaba desde Atenas a Eleusis.

El atlético y atractivo griego tocaba de cuando en cuando la pistola que llevaba en el sobaco, sólo con imperceptibles movimientos del codo izquierdo. En cambio, Brigitte no parecía preocupada en absoluto respecto a la posesión de armas por su parte.

—Eso fue en Budapest. Tuve que pasar por tres dormitorios del hotel a toda prisa. Lástima, porque en uno de los dormitorios la escena valía la pena de dedicarle algún tiempo.

—¿Qué ocurría en ese dormitorio?

—Bueno… Una cosa muy vieja, señorita Montfort. Pero hay cosas que por mucho que sucedan no tenemos nunca oportunidad de presenciar… Fue una lástima que llevase detrás de mí a tres hombres dispuestos a disparar, porque…

Sócrates calló.

Delante de ellos se veía un automóvil con las luces encendidas. Estaba medio cruzado en la carretera, y tres hombres se movían en torno a él. Se veía alzado el capó del motor, y uno de los tres hombres se inclinaba sobre él…

—Ahí los tenemos —musitó Brigitte.

—Eso parece —aceptó secamente Sócrates—. ¿Qué hacemos?

—Nada. Son ellos los que tienen algo que hacer, ¿no?

—¿Vamos a dejarles la iniciativa?

—Por supuesto. El que más corre es siempre el que más expuesto está a tropezar… y caer. Veamos qué cosa han ideado para matarnos… La verdad es que no me parecen demasiado inteligentes.

—¿Por qué?

—No sé. Me estoy preguntando si tenemos contra nosotros a unos espías enemigos… Jamás los he conocido tan ingenuos. Igual que Tadeus. Debió de hablar menos y matarme apenas me vio en la bañera. Parece como si hubiese necesitado tiempo para acostumbrar su mente a la idea de matar fríamente a una mujer en el baño. Lo cual no habría hecho un espía que estuviese decidido a matar. Habría llegado, me habría metido dos balas en el pecho, habría cogido el magnetófono o lo que hubiese querido, y en menos de dos minutos habría estado lejos del hotel.

—¿Cree que estos hombres no son espías?

—Si lo son —sonrió heladamente la divina—, son muy torpes. Ya deberían haber disparado, acribillando el coche, en lugar de iniciar el juego con la aproximación de uno de ellos… ¿Quiere fumar, Sócrates?

—Emmm… ¿Fumar? Ahora no, claro…

—Yo sí.

Brigitte abrió su maletín y sacó una fina boquilla incrustada en diamantes y diminutos rubíes; se la puso entre los blancos dientes, mostrados en una dura sonrisa, y sacó también un paquete de cigarrillos.

Mientras tanto, el hombre se iba acercando al coche, que Sócrates había detenido como a veinte pies del otro. Agitaba los brazos y era la estampa clásica del automovilista que detiene a otro para pedir ayuda porque él no entiende lo que le ocurre a su coche.

—¿Le disparo? —susurró Sócrates.

—No. Espere unos segundos. Y cuando le diga que dispare, deberá hacerlo contra el segundo, el que está también caminando ahora detrás del primero.

—El primero es más peligroso…

—Yo me encargo de él. Cuando le avise, dispare contra el que le sigue. Del que está en el motor también me encargo yo.

—Pero…

—Atención.

El primero de los tres asesinos estaba solamente a tres del coche de Sócrates y empezó a hablar en griego, agitando mucho los brazos y señalando hacia el coche detenido en la carretera. Brigitte lo miraba desde la ventanilla, cómodamente sentada, con la boquilla entre los dientes.

De pronto, sopló con suavidad, y el hombre se detuvo en seco, llevándose rápidamente las manos a la garganta. Casi no tuvo tiempo de acabar el movimiento, porque cayó como fulminado, como aplastado inesperadamente por un peso invisible pero enorme.

El otro se detuvo, desconcertado un instante…

—Ahora, Sócrates.

El griego abrió la portezuela, sacó la mano derecha y disparó contra el segundo hombre, que se estremeció, mientras sus ojos bizqueaban extrañamente, en un último destello de incredulidad, de asombro… Pero la bala estaba ya justo en el centro de su corazón, y cayó hacia atrás, tieso como un palo, bizcos los ojos, abierta la boca en un gesto de estupor… El que simulaba estar investigando el motor se había incorporado rápidamente, y tras una fracción de segundo dedicada al desconcierto, su mano derecha estaba ya sacando la pistola cuando sonó el suave estampido de la de Brigitte, por dos veces, y el hombre volvió a colocarse sobre el motor, pero ahora de bruces y completamente inmóvil, con los brazos colgando por delante del coche y la cabeza metida entre los mecanismos del motor…

—Ha sido asombrosamente fácil —comentó Brigitte—. Vamos ahora a quitar esa porquería de la carretera, Sócrates.

El griego lanzó un silbidito, guardándose la pistola y mirando a Brigitte con franca admiración.

—Demonios… Es usted de una frialdad terrible, señorita Montfort.

—No siempre —sonrió ella—. También puedo ser todo lo contrario de fría. En general, todo lo que hago es adaptarme a las circunstancias…, sean cuales sean.

Salieron los dos del coche. Sócrates fue inmediatamente hacia el primero de los dos hombres, le dio la vuelta, y se quedó mirándolo.

—No tiene herida —susurró—. ¿Cómo lo ha matado?

Brigitte señaló la boquilla que todavía tenía entre los dientes.

—A veces, en los momentos de peligro, me gusta fumar.

—¿Es una cerbatana?

—Naturalmente, querido. Lleve a ese pobre diablo al coche. Yo llevaré al otro… Puede aparecer un coche por aquí en cualquier momento.

Sócrates asió los pies del primer enemigo y lo arrastró hacia el coche, mientras Brigitte hacía lo mismo con el segundo, tirando de la corbata. No tenía por qué ensuciarse las manos…

Siguiendo las indicaciones de la divina, Sócrates metió dentro los tres cadáveres y cerró el capó. Luego maniobró el coche hasta dejarlo a un lado de la carretera, ya que, efectivamente, la avería no existía por ningún lado.

Mientras tanto, Brigitte manejó el coche de Sócrates, hasta colocarlo junto al otro.

Y a la luz de la luna, el baúl de Brigitte Montfort fue abierto, y el cadáver de Tadeus traspasado al otro coche, en compañía de los tres asesinos de poca monta.

—¿Y ahora? —preguntó Sócrates.

—¿Hay algún barranco por aquí cerca?

—Varios… Están más hacia Eleusis.

—Pues vamos allá. Usted irá delante en su coche y yo conduciré el de estos hombres. Cuando pasemos junto a un barranco, hágame señales con el intermitente derecho y luego deténgase.

—De acuerdo. ¿Qué hago con el baúl?

—Meterlo en su coche, por supuesto. Ya compraré algunas ropas por ahí, si tengo ocasión. De un modo u otro, no quisiera que el capitán Arístides o cualquier otra persona llegase a obtener conclusiones sobre mi baúl.

—Entiendo… ¿Salimos ya?

—Desde luego. Son casi las doce de la noche, de modo que no me parece oportuno perder más tiempo. Segundos después, Sócrates ponía en marcha su coche, y Brigitte salía tras él al volante del otro, que contenía cuatro cadáveres.

Un par de kilómetros más adelante, el intermitente derecho del coche de Sócrates empezó a funcionar, y Brigitte acercó más el otro auto al borde de la carretera. Se detuvo justo en el lugar donde había empezado a funcionar la luz roja de Sócrates, se apeó y miró hacia abajo… No era demasiado profundo, pero había una

vegetación áspera y espesa… Con un poco de suerte, quizá no encontrasen el coche hasta pasados dos o tres días.

Regresó al vehículo, lo maniobró de modo que quedó encarado al barranco y con las ruedas delanteras casi cayendo al vacío, y se apeó. Sócrates también lo había hecho, y llegaba junto a ella cuando Brigitte empezaba a empujar el automóvil.

—Si empieza a arder, lo verán muy pronto —comentó.

—No arderá. Está desconectada la batería, de modo que no creo que se produzca ninguna chispa. Ayúdeme.

—Claro.

El coche enemigo fue lanzado al barranco. Hubo un gran crujido de planchas metálicas, reventar de cristales, fragor de maleza, rodar de tierra y piedras… Y siempre a la luz de la luna Brigitte y el griego vieron desaparecer el negro automóvil barranco abajo.

—Un sepelio poco agradable —comentó Brigitte.

—Muy poco agradable —susurró Sócrates, mirando de reojo a la espía, con evidente admiración.

—Sigamos nuestro camino. Todavía tenemos que encontrar ese lugar llamado Villa Oriente. —Sonrió burlonamente—. No sé por qué, tengo la impresión de que nadie va a impedirme llegar allí.

* * *

Y así fue.

Sólo que para entonces eran las tres de la madrugada, y Sócrates había tenido que ir preguntando en dos pequeños paradores y una taberna abierta día y noche que había en la carretera, ya en las afueras de Eleusis, en dirección a Megaro y Corinto.

No tenía pérdida. Estaba en una suave colina de tono pardusco, en la que se veían algunas higueras y unas pocas palmeras, que daban al lugar un cierto aire de oasis árabe. Dejaron el coche abajo, escondido en un recodo que salía de la carretera, y emprendieron la suave ascensión a pie, lentamente, con la mirada fija en la villa, que lucía muy blanca a la luz de la luna. Pronto llegaron a las verjas, y a través de ellas contemplaron con más comodidad la gran villa blanca, con grandes columnas de estilo griego. La casa estaba rodeada de un gran jardín con muchas flores y profusión de árboles. No se veía ninguna luz en parte alguna.

Brigitte entregó su maletín a Sócrates, y ante la admiración de éste escaló la verja con toda facilidad, hasta quedar sentada tranquilamente en lo alto, entre dos agudas puntas de lanza, como si se hallase en el más cómodo de los divanes. La espía se inclinó un poco, tendiendo las manos, y el griego tiró el maletín hacia arriba, de tal modo qué fue a caer suavemente en las manos de Brigitte. Luego, Sócrates escaló la verja, con no menos facilidad que ella, y saltó al interior. Recogió el maletín de Brigitte, y ésta saltó también.

Los dos se quedaron mirando hacia la casa, y, finalmente, se miraron. Brigitte sonrió, señaló hacia allá, y Sócrates empezó a caminar delante de ella, de modo que no pudo ver el sitio exacto donde la divina escondió su maletín, entre unas flores.

Invirtieron casi diez minutos en llegar a la casa, muy lentamente y adoptando toda clase de precauciones. Entonces se encontraron en una terraza lateral, cerca de una piscina rectangular, muy cerca de la cual se veía una pista de tenis.

La gran puerta-ventana de la terraza fue abierta por Sócrates, cuya habilidad era en verdad notable. Entraron los dos en la oscura y silenciosa villa, pistola en mano ambos, alertas, atentos los oídos…

Silencio absoluto.

Recorrieron el salón, abrieron la puerta y Sócrates se asomó al gran vestíbulo. No se veía a nadie allí tampoco. La luz de la luna, entrando por los ventanales de la fachada, mostraba una gran escalinata blanca que ascendía y el contorno de algunos muebles.

Brigitte empujó suavemente a Sócrates, y éste comprendió. Salió del salón, y Brigitte lo hizo tras él. Los dos estaban caminando hacia la escalinata, sigilosamente, cuando el gran vestíbulo quedó de pronto profusamente iluminado por una enorme araña que pendía en el centro del techo…

Y al mismo tiempo, cuatro hombres con metralletas daban a conocer su presencia de pronto. Uno en lo alto de la escalera; otro, junto a la puerta de entrada a la villa; otro, ante la puerta de una biblioteca, y el último, ante otra puerta, más pequeña, que parecía llevar hacia las dependencias de servicio de la villa.

Ninguno de ellos dijo una sola palabra de advertencia o amenaza. Pero empuñaban las metralletas con tal seguridad y firmeza que Brigitte y Sócrates comprendieron quién llevaba las de

perder en aquel momento.

Brigitte hizo un gracioso saludo amistoso, sonriendo.

—Buenas noches, señores. ¿Vive aquí Stanislas Papagos? Tengo negocios que proponerle.

Uno de los cuatro hombres hizo una seña harto significativa, mirando su pistola, y Brigitte se acercó a una mesita y la dejó allí. El griego apolíneo la imitó, inexpresivo el gesto, y ambos quedaron a la expectativa. Uno de los hombres se acercó, cogió las dos pistolas y luego señaló hacia las escaleras con la metralleta.

Brigitte y Sócrates subieron por los blancos escalones hasta llegar al piso alto, rodeados ahora por los cuatro silenciosos enemigos. Uno de ellos llamó a una de las puertas y dentro se oyó una voz en griego.

—Tiene que pasar usted sola —musitó Sócrates.

—Okay —sonrió la divina—. No se vaya, Sócrates.

El griego sonrió también, pero muy desganadamente.

—Buena broma —admitió—. Espero que volveremos a vernos.

—Con toda seguridad. Arrivederci, querido. Y entró en la habitación.

Capítulo VII

No hizo caso de los dos hombres con metralleta que entraron con ella. Toda su atención se centró en el hombre que vio inmediatamente, en la cama, sentado, con la espalda apoyada en dos almohadones.

Un hombre grueso, completamente calvo, de menudos ojillos brillantes y simpáticos, tez sonrosada. Llevaba un pijama de seda chillón, abierto por el pecho, de modo que se veían sus pectorales velludos y rechonchos. Estaba fumando plácidamente un grueso habano, y su mirada iba amablemente del humo blancuzco a la bella espía.

—Una visita sorprendente —dijo en griego—. Quisiera…

—Perdone —sonrió Brigitte—: no entiendo el griego, señor.

—Oh… Perdóneme usted a mí entonces —habló el gordito en inglés—. Decía que es una visita sorprendente la que he tenido esta noche. Pero quisiera que se repitiese a menudo. Aunque…

—¿Sí?

—Aunque dudo —sonrió el gordito— que eso pueda ocurrir.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que existan muchas mujeres tan bellas como usted.

—Esté seguro de que no existe ninguna, señor Papagos.

—Debo admitirlo, porque, hasta el momento, no he visto ninguna. Me siento feliz al conocerla señorita…

—O'Hara… Liz O'Hara, señor Papagos.

—¿Se da cuenta? Usted tenía ventaja sobre mí, señorita
O'Hara.
¿Quién la ha enviado aquí?

—Pues… Nadie en especial. Simplemente, tuve noticias de que un hombre llamado Stanislas Papagos podía sentir interés por entrar en relaciones conmigo.

—¡Por supuesto que sí! Supongo que se refiere a…

—A relaciones comerciales —rió Brigitte.

—Oh —se decepcionó el gordito—. Vaya, de alguna manera se ha de empezar una buena… amistad.

Brigitte miró brevemente a los dos silenciosos vigilantes armados de metralletas.

—¿No podríamos prescindir de ellos? El exceso de compañía, en mi opinión, siempre retiene mucho la buena marcha de las relaciones comerciales… y personales.

Los ojillos de Stanislas Papagos se entornaron maliciosamente.

—Tiene razón —suspiró—. Salid, vosotros.

Los dos hombres se miraron, miraron de nuevo a su jefe, vieron la decisión de éste, y abandonaron el dormitorio. Stanislas Papagos palmeó el borde de su lecho.

—Venga aquí, por favor, señorita
O'Hara…
A menos que tema algo desagradable por mi parte. Brigitte demostró que no temía nada acercándose al lecho y sentándose en el borde, muy cerca de Papagos, que la contemplaba con absoluta admiración masculina, sin disimulos.

—¿Aceptaría negociar conmigo, señor Papagos? —sonrió ella.

—Espero que sí. ¿Qué clase de negocios?

—Drogas.

Papagos dio una profunda chupada a su habano y luego se quedó mirando pensativamente el humo, como olvidado de que tenía ante él algo mucho mejor que contemplar.

—¿Está usted hablando de estupefacientes? —musitó, por fin.

—Por supuesto.

—¿Cuál sería nuestro… negocio?

—Yo compro drogas.

—¿Y supone que yo las vendo?

—Ésas son mis noticias.

—¿De dónde provienen?

—No puedo mencionar mi fuente de información, señor Papagos. Espero que lo comprenda.

—Oh, sí, sí… Me gusta la discreción, además. Dígame: ¿piensa comprarme una partida y ahí acaba todo, o…?

—Esa primera partida sería el principio de unas productivas

relaciones comerciales. Aparte, señor Papagos, soy una mujer…, ¿cómo se lo explicaría?…, muy complaciente. Ésa es la palabra exacta: complaciente.

—¿En qué sentido?

—Bueno… Creo que una mujer sólo puede ser complaciente con un hombre en un sentido… ¿No?

—Claro. Soy algo… reacio a aceptar tratos en primera instancia, señorita
O'Hara.
En general, pido pruebas palpables de que la cosa va a ser sólida… y duradera. Una prueba, digamos… definitiva. Concreta. ¿Puede usted darme esa prueba de sus intenciones de continuar con el negocio?

Brigitte sonrió dulcemente, se acercó más a él y lo besó en los labios. Luego, sentada en la cama, se quedó mirándolo.

—¿Y bien? —susurró.

—Insuficiente, digo —movió negativamente la cabeza Papagos.

—Pues no puedo dar más, en esta primera… prueba, señor Papagos. Opino que es usted demasiado… exigente. ¿Qué esperaba?

—Todo.

—Eso es mucho esperar a los diez minutos de conocernos. La complacencia requiere un cierto… conocimiento mutuo. Y sólo sé de usted que puede venderme drogas. Quizás un trato más prolongado, más… íntimo, nos llevase a una amistad… profunda.

—Quizás —susurró Papagos—… ¿Cuál es la importancia de su negocio?

—Mucha. El volumen de compras podría llegar a los diez millones de dólares anuales.

—¡Diez millones de dólares!

—Y si todo quedase bien montado, quizá se llegase a los cien, no tardando mucho. Quiero que esté convencido de que no soy una revendedora miserable, señor Papagos. Tengo unas buenas vías de entrada en Estados Unidos para toda la droga que pueda usted venderme. Hasta hace poco, estuve operando en la costa del Pacífico, pero la ruta de China se ha puesto muy difícil, y me ha parecido buena idea variar… La del Oriente Medio es tan famosa como la China, y, a fin de cuentas, los estupefacientes son los mismos, en general. Hice averiguaciones, y supe de su existencia…

Tengo buenas amistades. Y una vez bien informada, me pareció que Atenas era un buen punto de trampolín para llevar la droga hacia Estados Unidos.

—Es un buen punto —admitió Papagos.

—¿Acepta el negocio?

—Supongamos que sí… ¿Cuál es el primer paso?

—Bien… Tendría que conocer un poco su organización, su sistema actual de envíos, los peligros que se ve obligado a afrontar, si ha tenido tropiezos con algún organismo como la Interpol, el FBI en Europa…

—¿O la CIA? —sonrió burlonamente Papagos.

—¿La CIA? ¿Qué tiene que ver la CIA con el contrabando de drogas?

Papagos recuperó su cigarro del cenicero, chupó gustosamente y tiró el humo hacia Brigitte.

—Es usted una ilusa, señorita Montfort. O una estúpida… O tan inteligente y astuta que todo su juego escapa a mi comprensión. ¿No podría explicármelo?

—Mi nombre es…

—Brigitte Montfort, periodista, llegada ayer al mediodía a Atenas y alojada oficialmente en el Hotel Peloponeso.

Brigitte se quedó mirando hoscamente al gordito.

—Es usted muy listo, señor Papagos —refunfuñó.

—Lo sé. Además, estoy bien informado. Como ve, toda su… parodia de mujer complaciente no ha servido de nada. Digamos que usted quería burlarse de mí y he sido yo quien se ha estado burlando de usted.

—Lo cual pagará muy caro.

—¿Me está amenazando? —rió Stanislas. Brigitte suspiró profundamente.

—Cuando yo beso a un hombre, amigo Papagos, es siempre por uno de estos dos motivos: porque le amo, o porque le tengo destinado a la muerte, y antes he querido… obtener todo lo posible de él. Como a usted no le amo, temo que está condenado a muerte. Y le aseguro que no será una muerte agradable.

—No sé si reír o romperle la cabeza a golpes —masculló Papagos—. Su osadía es poco menos que desvergüenza casi ofensiva. Tendrá tiempo de arrepentirse de sus palabras… y de

haberse metido en mis asuntos.

—Fue usted quien se metió en los asuntos de la CIA. ¿Dónde están mis tres compañeros?

—¿De veras quiere saberlo? —sonrió cruelmente Papagos.

—¿Están vivos?

—Dos de ellos, sí.

—¿Y el otro?

—Olvídelo. ¡Grigor, Dominico!

La puerta del dormitorio se abrió inmediatamente, y los dos hombres armados con metralletas entraron a toda prisa. Stanislas Papagos señaló a Brigitte con el cigarro.

—Quiere ver a sus compañeros, de modo que vamos a complacerla. ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos veinte, señor Papagos.

—Llamadme a las doce. Quiero el desayuno listo. Luego, dormiré una siesta, y por la tarde haré una visita a la señorita Montfort. Espero que esté contenta por haber encontrado a sus compañeros… Y le haremos lamentar la muerte de cuatro de los nuestros. Llevadla al sótano.

Capítulo VIII

El sótano era una habitación ligeramente húmeda y abundantemente poblada de ratas gordas y lustrosas, de pelaje oscuro y ojillos brillantes, velocísimos.

Fue lo primero que Brigitte vio al entrar, mientras la puerta se cerraba rápidamente tras ella. Pero la espía no era una mujer histérica, y los terrores naturales femeninos no tenían nada que ver con ella. De modo que apartó de sendos puntapiés a dos ratas, y se acercó a los dos hombres que vio inmediatamente después.

Y aquello sí le causó horror.

Estaban de pie, colocados de espalda contra unos tablones gruesos, colocados verticalmente. Las finas cuerdas de nailon que sujetaban sus muñecas les mantenían los brazos en alto, pasando por los extremos superiores de los tablones. Parecían poco menos que crucificados. Si en el tablón vertical hubiese habido clavado otro horizontal, la crucifixión habría sido un hecho. Llevaban solamente los pantalones, que colgaban hechos jirones de las flacas cinturas. Las piernas y el torso se veían llenas de costras de sangre más que reseca, sobre la cual se iban formando otras costras más secas. En los descalzos pies, las ratas habían clavado ya varias veces los dientes agudos y blancos. Las manos, que parecían dislocadas, colgaban de las cuerdas blandamente; los diez dedos carecían de uña y la sangre había marcado goterones ahora de color negro sobre los hombros de los dos hombres, en sus cabellos, en el suelo…

El aspecto de los dos hombres era tan absolutamente aterrador, que Brigitte estuvo casi medio minuto como petrificada, incapaz de moverse, respirando apenas, como si su aliento se hubiese truncado.

Por fin, suavemente, alzó el rostro de uno de aquellos hombres. Era difícil asegurarlo, desde luego, pues estaba barbudo, golpeado, demacrado…, pero hubiese jurado que era el agente de la CIA que en Grecia se hacía llamar Eurípides. El otro fue más fácil de

identificar, por el lunarcito en la barbilla: Melquíades.

Aleco no estaba, pero junto a los dos agentes se veía otro tablón, con algunos trozos de cuerda de nailon colgando, cortados.

Tras unos segundos de vacilación, Brigitte se dispuso a ayudar en lo posible a sus compañeros de la CIA. Lo primero que hizo fue empujar cuidadosamente los tablones hacia un lado. Primero el que sujetaba a Eurípides; el tablón se ladeó, y habría caído de golpe si Brigitte no lo hubiese retenido, de modo que lo fue dejando caer hacia el suelo lentamente, utilizando todas sus fuerzas para evitarle el golpe a su compañero.

Luego hizo lo mismo con Melquíades.

Las ratas se habían retirado ante la presencia de un ser vivo y en condiciones de defenderse. Un par de ellas miraban, expectantes, ante un agujero, las maniobras del nuevo inquilino, pero ninguna osaba acercarse ahora.

Brigitte desató las manos de Melquíades y Eurípides, los apartó de los tablones y los llevó hacia el centro del sótano, siempre con exquisito cuidado, sudando de angustia más que por el esfuerzo físico. Los colocó en la mejor postura posible, en la que le pareció que sus músculos hallarían mejor descanso.

Luego miró a su alrededor, en busca de agua, pero no había nada allí. Simplemente, las cuatro paredes y los tablones. Y los tres agentes de la CIA, contándola a ella. Rasgó la mitad inferior de su vestido y se dedicó a limpiar la sangre de ambos rostros, dirigiendo de cuando en cuando miradas apenadas a las manos, cuyos dedos carecían de uñas; a los torsos flagelados; a los pies mordidos por las ratas…

* * *

El primero en abrir los ojos, tres horas más tarde, fue Melquíades. Unos ojos sin brillo, mortecinos, apagados, que quedaron fijos en el techo unos segundos antes de expresar una débil perplejidad.

—Melquíades… Melquíades… —musitó Brigitte—. Todo irá bien ahora… Soy Baby.

—Ba… Baby…

—Baby, de la CIA. ¿Has oído hablar de mí?

Los mortecinos ojos giraron hasta posarse en el dulce rostro de

la agente de categoría de lujo de la CIA, y hubo en ellos un destello de asentimiento. Pareció que aquella débil luz se avivaba en las pupilas.

—Mis manos…

—Lo sé… Lo sé, Melquíades: os han arrancado las uñas. Pero lo han hecho muy mal… Volverán a crecer. Volverás a tener uñas, y a comer pavo el Día de Acción de Gracias…

Una debilísima sonrisa apareció en los agrietados labios de Melquíades. Fue como si recordase los lejanos tiempos en que contemplaba con ojos alegres el pavo cocinado en casa.

—El pavo… está… tan… sabro… sabroso… Me… me ha gustado… gustado siempre el pavo…

—A mí también —sonrió Brigitte, notando el picor de las lágrimas a punto de brotar en sus ojos—… Nos comeremos un pavo cualquier día… Cualquier día, Melquíades…, aunque no sea el de Acción de Gracias.

—Un pavo… muy doradito al… al homo… con… con mucha… mantequilla y… y ciruelas…

—Con mucha mantequilla y ciruelas. Un pavo trufado, grande, gordo, tierno…

—Tengo… tengo sed…

—No tengo agua para darte, Melquíades.

—Comprendo… Todavía estamos… en el sótano…

—Así es.

—¿A… a salvo…?

—Todavía no.

El brillo desapareció de los ojos de Melquíades. Su mirada se dirigió hacia la puerta, la vio cerrada y cerró los ojos.

—Eurípides… ¿Dónde está… Eurípides…?

—Con nosotros. Todavía duerme, o está desvanecido. Pero los dos estáis vivos, y os podré llevar a casa. Melquíades movió negativamente la cabeza.

—No hay nada… que hacer…

—Os llevaré a casa: te lo prometo, Melquíades. Y Baby jamás promete nada que no pueda cumplir.

—La intención… es buena, Baby, pero… no hay… nada que hacer.

—Lo veremos. Veremos quién impide a Baby llevarse a casa a

sus niños queridos.

Melquíades volvió a sonreír, como queriendo apoyar la dulce sonrisa llena de esperanzas de la agente Baby.

—Tengo sed… y sueño… y hambre… y frío…

—Duerme. Ahora puedes hacerlo tranquilamente, con más comodidad que antes… ¿Has estado colgado ahí seis días?

—Sí…

—Duerme —Brigitte le pasó la mano por la frente—… Duerme, Melquíades. Todo va bien ahora.

—¡Qué mano tan… tan fresca y… y suave…!

—Duerme, espía —musitó dulcemente Brigitte—. Tus penas han terminado.

Melquíades se durmió. Eurípides despertó media hora más tarde. Parecía un poco más fresco y repuesto que Melquíades, y se quedó mirando aquella hermosa muchacha que le sonreía cariñosamente.

—Buenos días, Eurípides; la CIA ha llegado junto a ti. Todo está terminando.

—¿Quién…? ¿Quién es… usted…?

—Baby. Agente femenina de capa y espada, como nos llaman. Todavía estamos encerrados en el sótano, pero os sacaré pronto de aquí. ¿Te gusta el pavo?

—¿El… el pavo…?

—Un pavo grande y gordo y tierno, con mucha mantequilla… Y mucha cerveza fresca, dorada. Estás invitado. Pero ahora no me pidas ni siquiera agua, muchacho. Sé que tienes sed, pero no puedo darte ni agua. ¿Lo comprendes?

—Sí… Lo comprendo. ¿Melquíades…?

—Despertará pronto. No son ni siquiera las ocho de la mañana, según calculo. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo… para qué?

—Para que descanséis, para que cuando llegue el momento los tres podamos marcharnos de aquí. Pero antes, le haremos una sucia jugarreta a Stanislas Papagos. ¿Estás de acuerdo?

—Ese… ese cerdo… Lo haré… pedazos con… con mis manos…

—No podrías. No tienes uñas, Eurípides, ¿recuerdas? Pero yo lo haré por vosotros. Nadie toca a mis muchachos sin pagar gravemente las consecuencias… ¿Cómo quieres que mate a Papagos?

Los ojos de Eurípides brillaron llenos de odio, bruscamente.

—Me gustaría… que se lo comiesen las… las ratas…

—Las ratas tendrán un banquete —sonrió gélidamente Brigitte. Palabra de reina, palabra sagrada, Eurípides. Ahora duerme mientras yo vigilo a mis niños. No más torturas.

—Creo que sí voy a dormir…

—Hazlo. Hablaremos cuando volváis a despertar.

También Eurípides se durmió, lentamente Sus párpados estuvieron agitándose, como resistiéndose a ocultar aquella dulce visión llamada Baby. Pero el cansancio de aquellos dos cuerpos era infinito…

* * *

Y el sueño Y el sueño duró cuatro horas más.

Melquíades fue el último en despertar. Y cuando abrió los ojos vio a Brigitte junto a él y, detrás, a Eurípides, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared. Eurípides tenía las manos envueltas en tela y él también. Supo qué clase de tela cuando vio al aire las piernas de Brigitte, rasgado el vestido…

—No lo soñaste, Melquíades —sonrió la divina—. Baby está contigo, y sigue en pie la invitación a pavo.

La mirada del hombre de la CIA se desvió rápidamente hacia su compañero.

—¿Estas bien, Eurípides?

—Mejor que estos días. Pero no puedo caminar, Melquíades. Ni creo que tú puedas hacerlo. Melquíades intentó ponerse en pie, pero habría caído de bruces si Brigitte no lo hubiese sujetado; medio a rastras, medio de rodillas, lo llevó hasta donde estaba Eurípides, y le ayudó a sentarse junto a él, siempre cariñosamente, con una solicitud tierna, dulce.

—Bien… Ya estamos los tres reunidos y en disposición de hablar… ¿Qué ocurre? ¿Por qué os miráis así? ¿Desconfiáis de mí?

Eurípides inclinó la cabeza, como abochornado.

—Es la droga… —susurró—. Empezamos a necesitarla… Ya debe de haber pasado la hora de la dosis.

—No comprendo —musitó Brigitte—… ¿De qué estáis hablando?

—Es… es un dolor insoportable el que… el que sentimos en las manos…, en el cuerpo…

—Lo supongo.

—Ellos… ellos nos inyectan droga… Primero esperan a que el dolor vuelva, lentamente… Y cuando más nos duele, aparecen, y nos golpean otra vez… Y cuando estamos casi muertos, nos inyectan morfina y… y Papagos insiste en su oferta…

—¿Qué oferta? —Tembló la voz de Brigitte.

La respuesta llegó desde la puerta, abierta sorpresivamente para los tres. Brigitte se volvió velozmente hacia allí al oír:

—Yo le daré las explicaciones, señorita Montfort. Parece que sus amigos no están en condiciones de hablar demasiado.

Grigor y Dominico entraron en el sótano, colocándose a ambos lados de la puerta, bien apercibidas sus metralletas. Los otros dos hombres entraron llevando un par de látigos, un recipiente con brasas y algunos hierros de casi un metro de largo metidos en las brasas. Lo dejaron todo en un rincón y miraron a Papagos, que les hizo una seña de espera.

—¿Está intrigada, señorita Montfort?

—Un poco.

—Procuraré explicarlo con pocas palabras. Veamos: la CIA tiene una serie de… caminos secretos para sus agentes que van y vienen de Estados Unidos… ¿No es cierto?

—Cierto.

—Caminos que recorren toda Europa, rutas seguras, sistemas de envío secretísimo de cualquier clase de envíos: hombres, material, máquinas de diverso tamaño, a veces armas… ¿Cierto?

—Cierto.

—Pues bien: quiero conocer esa ruta, ese camino a través de toda Europa o del Norte de África.

—¿Para enviar las drogas por él?

—Exactamente. Durante algún tiempo estuve trazando yo mismo las rutas para mis envíos. Pero tuve demasiados… contratiempos, demasiadas dificultades. Emmm… Por determinado conducto supe de la existencia de tres agentes de la CIA en Atenas, así como la… relativa facilidad que ellos encontraban para cruzar hacia América por África y por Europa, utilizando ciertos contactos en diversos puntos de estos dos continentes: un mercader en Orán, un jugador

en Tánger, un pacífico empleado de oficinas en Argel, un camarero en Casablanca o Dakar, un hombre de negocios en Roma, un marino en Marsella un vendedor de perfumes en París, un taxista en Palma de Mallorca, un artista en Madrid, o Sevilla, o La Coruña…, quizás un empleado del aeropuerto de Maspalomas en las Canarias… Toda una serie de contactos que la CIA está utilizando con gran acierto y eficacia. Una vez conocidos estos contactos, yo podría utilizarlos… indirectamente y montar una red de envíos paralela a la de la CIA. Pero, claro, para ellos precisaba de algunos agentes de la CIA que estuviesen dispuestos a indicarme cuáles son esos contactos.

—¿He entendido bien, Papagos? Usted quiere montar unas rutas de envíos de estupefacientes paralela a la que la CIA está utilizando en África del Norte y toda Europa. Rutas de envíos que, obviamente, son seguras, y que a la CIA le ha costado muchos años montar y perfeccionar. ¿Es eso?

—Exactamente.

—¿Y usted quiere que Aleco, Melquíades o Eurípides le informen de esas rutas de la CIA?

—Eso es lo que quiero.

—Pues, amigo, usted está completamente loco.

—Tenga cuidado con sus palabras.

—No sea idiota, Papagos —dijo fríamente Brigitte—: en primer lugar, no conseguirá que mis compañeros le digan nada. En segundo lugar, por mucho que los torture no podrán decírselo, porque ellos sólo conocen un contacto; a su vez, este contacto conoce otro; y este otro conoce otro más allá… Y así sucesivamente. Por el cielo: ¿qué se ha creído usted que es la CIA? ¿Se da cuenta del lío en que se ha metido? En poco tiempo, usted, sus amigos, sus confidentes… y sus cochinas drogas van a ir al infierno, van a ser arrasados por veinte de nuestros exterminadores en Europa. Está loco de remate, Papagos.

—Va a lamentar tener tan suelta la lengua, señorita Montfort.

—No sea necio. ¿Qué espera conseguir con esa estupidez de inyectar drogas a mis compañeros?

—Ellos habían empezado a explicárselo… Primero, los golpeamos, y luego, para calmar su dolor, les inyectamos morfina. Cuando los efectos de la morfina pasan, el dolor renace, con más violencia cada vez… Finalmente, ellos han comprendido que sólo la

morfina puede ayudarles o soportar ese dolor. Para entonces, necesitan ya la morfina como una droga... Y ahí está el asunto: sus amigos han demostrado que son capaces de resistir muchas torturas..., sólo tiene que mirarlos. Pero no sé de ningún morfinómano que haya podido resistir la necesidad de la droga, tenga o no tengo dolores que calmar. Sus amigos están llegando ya a ese punto en que, aunque no les golpeemos, nos dirán lo que queramos con tal de que les inyectemos morfina. ¿No lo comprende? Los estamos convirtiendo en morfinómanos. Cuando haya conseguido eso, haré de ellos lo que quiera. Incluso tengo la esperanza bien fundada de que, ya puestos en libertad, contarán una sarta de mentiras a la CIA respecto a un cautiverio a manos de cualquier espionaje enemigo..., y seguirán trabajando. Pero no ya para la CIA solamente, sino también para mí.

»Ellos se enterarán de todo lo que yo necesite saber... y me lo dirán, naturalmente. Por eso, hoy no vamos a golpearlos. La tortura de hoy, que usted va a estar presenciando, va a ser, simplemente, la carencia de la morfina. Ya irá observando cómo sus ojos irán cambiando, su cuerpo empezará a temblar... Acabarán pidiendo a gritos la morfina... Y no por el dolor que querrán calmar... El dolor de unos cuantos golpes ni siquiera lo notarán. Pero sí empezarán a volverse locos si no les doy su morfina. Unos pocos días más, y tendré unos... aliados muy importantes. ¿No es cierto, señores?

Melquíades y Eurípides contuvieron el temblor de sus manos. Se miraron y, de pronto, Melquíades escupió hacia los pies de Papagos, tan débilmente que el griego se echó a reír.

—Tengo mucha paciencia. Por el momento, hoy vamos a tener la primera sesión con la señorita Montfort. Tiene tanta inteligencia que también me gustaría contarla entre mis... informadores.

—¿Piensa drogarme a mí también? —sonrió fríamente Brigitte.

—Desde luego. Pero primero empezaremos una bien dosificada tanda de castigos que la irán empujando hacia la decisión de admitir mis dosis de morfina. Y así, poco a poco, igual que sus compañeros, irá convirtiéndose en una morfinómana. Usted no parece saber de lo que es capaz un morfinómano, señorita Montfort. Por la droga haría cualquier cosa: robar, matar a su madre, vender su alma... Claro que podría evitarse todo eso si, conscientemente, optase por informarme de algunas cosillas...

—Loco como un mono —dijo despectivamente Brigitte—: así está usted, Papagos. Loco como un mono lleno de pulgas.

—Como quiera. Empezaremos la primera sesión…

—¿Dónde está Aleco, el hombre que falta?

—Tuvo muy poca resistencia. Ya nadie debe preocuparse por él.

—Lo siento por usted, Papagos —musitó roncamente Brigitte—… Es mi norma: quien mata a mis amigos, está condenado a muerte.

—Es una condena muy poco peligrosa —rió el griego; de pronto, la señaló—: ¡Azotadla!

Brigitte ni siquiera pudo intentar esquivar el primer latigazo, que la acertó justo en la cintura. La tira de piel se enroscó con fuerza allí y tras el tirón, Baby Montfort giró un par de veces, perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo. Estaba intentando incorporarse cuando el segundo latigazo, propinado por el otro de los dos medio verdugos, le acertó en la espalda y pareció aplastarla contra las húmedas losas del piso.

El tercer latigazo acertó a Melquíades, que había conseguido ponerse en pie, gritando como un energúmeno e interponiéndose entre el látigo y la espía. El ya maltratado agente de la CIA recibió el golpe de la tira de piel en el centro del pecho, y saltó hacia atrás como algo que ya funcionaba mal y que se rompe de golpe. Eurípides también quiso ponerse en pie, pero otro latigazo, en pleno pecho, pareció dejarlo clavado en la pared…

Y cuando Brigitte estaba intentando de nuevo ponerse en pie, el siguiente latigazo, lanzado a ras del suelo, le acertó de lleno en el vientre y se enroscó hacia los riñones, como una serpiente auténtica, viva, maligna…

Entonces, a pesar de toda su voluntad de resistir, Baby Montfort se vino abajo, golpeando de cara contra el suelo, casi desvanecida.

—¡Los hierros! —gritó Papagos, como loco—. ¡Marcadla para siempre con los hierros! ¡Yo diré dónde, y así aprenderá a no jugar nunca más con un hombre…!

Se acercó a ella, le golpeó en la barbilla con un pie y la dejó cara al techo. Melquíades y Eurípides permanecían como clavados en la pared bajo la amenaza de las metralletas, mientras los dos verdugos de baja estofa se acercaban a Brigitte con los hierros al rojo en las manos.

—¡Aquí… y aquí! —señaló Papagos—. ¡En los muslos, cerca de las ingles!

Brigitte tenía abiertos los ojos. Vio los hierros, y quiso incorporarse, con los ojos desorbitados… Pero Stanislas Papagos le puso un pie en la garganta, rudamente, y la hundió de nuevo hacia el suelo… Un segundo después, en el sótano se oía el chirriar de la carne quemada, el grito agudo de Brigitte…

Luego, durante unos segundos, el silencio. Eurípides y Melquíades contemplaban con ojos aterrorizados las dos llagas negras en los finos muslos de Baby, que había perdido el conocimiento, y yacía de cara al techo, entreabiertos los labios, cerrados los ojos, crispada dolorosamente la dulce boquita ahora pálida…

—Está bien por hoy —dijo Papagos—… Vamos a dejarla en… buenas condiciones para que pueda pensar en lo que más le conviene. Vámonos.

Todos se dirigieron hacia la puerta, pero entonces oyeron la voz de Eurípides:

—¿Y… y nosotros?

—¿Qué ocurre con ustedes? —Gruñó Papagos.

—La… la droga, la… la morfina… No nos la han puesto…

—Ya he dicho que hoy no hay droga. También quiero concederles unas horas para pensar. No más droga…, a menos que me digan lo que tantas veces les he preguntado.

No esperó más conversación. Salió, y sus hombres cerraron la puerta antes de que cualquiera de los dos hombres de la CIA hubiese podido decir algo.

* * *

—¿Está bien, Baby?

Brigitte se quedó mirando el desencajado rostro de Melquíades. Durante los tres primeros segundos, no supo qué estaba ocurriendo, ni dónde estaba, ni qué significaba aquello. Enseguida, notó aquellos pinchazos en los muslos y aquellos ardientes latidos en su vientre y espalda.

—¿Me quemaron las piernas?

—Sí…

—¿Dónde… dónde, exactamente?

—En los muslos, cerca de las ingles…

—Ya… Entonces, supongo que podré caminar…

Se sentó en el suelo, bajo la triste mirada de Eurípides y Melquíades. Luego se puso en pie, tras mirarse las llagas que parecían tener todavía fuego vivo en sus piernas. Probó a caminar y lo consiguió. El dolor era muy intenso, pero en modo alguno la privaba de poder moverse casi de modo normal.

—Ha sido por culpa nuestra —musitó Eurípides—… Si no se hubiese roto el vestido, ese cerdo no habría visto sus piernas y no habría hecho eso…

—No tiene importancia —sonrió valerosamente la espía—: un par de sesiones de cirugía plástica dejarán mis piernas tan bonitas como siempre. No se notará nada. Igual que en vosotros: crecerán las uñas y la carne crecerá en vuestros latigazos, en vuestras llagas… Hay pocas cosas que tengan auténtica importancia en la vida, Eurípides.

—Salvo la propia vida —musitó el espía.

—Eso es: salvo la propia vida. Y eso es lo que vamos a salvar nosotros. ¿Os… inyectaron?

—No…

—¿No lo notáis a faltar?

Los dos hombres de la CIA se miraron. Ambos inclinaron la cabeza y la voz de Melquíades fue apenas audible.

—No… No lo… echamos de menos, no…

Brigitte se mordió los labios, pero, enseguida, consiguió forzar una sonrisa. Comprendía muy bien aquella mentira. Una droga es perniciosa de modo absoluto precisamente porque una vez dominado el cuerpo, la voluntad del ser humano queda por completo anulada. Comprendía un cierto pudor en Eurípides y Melquíades, pero no se engañaba respecto a la autenticidad de su respuesta.

Sin embargo, dijo alegremente:

—Estupendo. Ahora sólo tenemos que buscar el modo de salir de aquí.

—No hay modo —susurró Eurípides—. Es un sótano cerrado, sin ventilación al exterior. La única salida es la puerta… Y no creo que por ahí podamos salir.

—Siempre hay un medio para atravesar cualquier puerta.

—Díganos sólo uno. Y saldremos de aquí aunque sea a rastras.

—Lo pensaré… Necesito tiempo para pensar, muchachos.

—Pues piense, Baby. Nosotros hemos agotado ya todos los recursos. Y hemos llegado a la conclusión de que nosotros no podemos salir de aquí por nuestros propios medios; tan sólo lo conseguiríamos si nos llegase ayuda desde el exterior.

Brigitte alzó las cejas, impulsada por una súbita idea.

—Ayuda desde el exterior… Sí… Claro que sí. Vamos a descansar, muchachos, La ayuda no puede tardar en llegar,

* * *

Habían perdido la noción del tiempo cuando la puerta se abrió y Sócrates Kopoulos apareció en el umbral.

Detrás de él, uno de los hombres con metralleta, que cerró la puerta a una señal del apolíneo griego.

Ya cerrada la puerta, Sócrates se acercó a Brigitte y quedó de pie ante ella, sonriendo amablemente.

—Parece que las cosas no le van demasiado bien, señorita Montfort.

—Debí imaginarlo —deslizó ella—… Usted es uno de ellos, Sócrates.

—¿De veras no lo imaginó?

—Al principio, no me fiaba de usted. Pero luego, cuando le vi matar a uno de ellos en la carretera, pensé que podía estar en un error, ya que no tenía por qué matar a un compañero suyo para traerme prisionera aquí.

—Me costó mi buen trabajo darles una explicación convincente respecto a eso. Tuve que decir que usted mató a dos, y que habría podido hacer lo mismo conmigo si no hubiese actuado a su favor. No les gustó mucho mi… comportamiento, pero lo han aceptado, según creo.

—Está perdiendo el tiempo, Sócrates. Si pretende hacerme creer que es amigo mío, y que va a ayudarme a escapar a cambio de alguna información, me da lástima.

Sócrates sonrió de nuevo.

—¿No quiere saber quién es el traidor en Atenas?

—Lo sé ya.

—¿De veras? Bueno, dígamelo. Quizá me ría de usted.

—Lazlo Hagriar. Sólo puede ser él. Sólo él pudo decirle a Papagos quiénes eran los agentes de la CIA en Atenas. Sólo él pudo enviar a Tadeus a mi cámara en el hotel Peloponeso. Sólo él pudo llamar a Papagos a Eleusis desde Atenas y decirle que yo venía hacia aquí, de modo que Papagos envió a los tres hombres del automóvil… Son demasiadas cosas las que acusan a Lazlo Hagriar para que yo tenga la menor duda. Claro que… también puede ser usted el traidor… Sí podría serlo, si no fuese porque usted no podía decirle a Papagos quiénes eran los tres agentes de la CIA y dónde encontrarlos, cosa que sólo supo hasta que Hagriar los hubo delatado y los puso a todos a buscarlos, para cubrir las apariencias ante la CIA y algún posible… asalariado que pudiese permanecer fiel a la CIA.

—Yo soy ese asalariado fiel —dijo seriamente Sócrates—. Y, en efecto, es Hagriar el traidor. En cuanto a mí, quizá no va a creerme, pero soy quien avisó a la policía respecto a las intenciones de un hombre que quería asesinarla en su hotel.

—Oh… ¿Y qué más?

—En la tienda de Melquíades, fui yo quien la gopeó, dejó la nota en su mano y luego me golpeé a mí mismo, y simulé haber estado un rato sin conocimiento. No quería que usted pudiese delatarme inconscientemente a Lazlo. También fui yo quien le puso la nota en el asiento de mi coche, indicándole el peligro que encontraríamos en la carretera… Lo sabía muy bien, puesto que Lazlo estuvo concretando conmigo lo que convenía hacer con respecto a usted.

Brigitte miraba con gesto de sospecha a Sócrates.

—¿Y por qué ha hecho todo eso, Sócrates?

—No sé… Supongo que porque la CIA me paga bien, y yo sé elegir siempre al más fuerte. Además…, quizás haya influido algo en mí una cierta… estima personal.

—¿Hacia mí?

—Sí.

Brigitte pareció sopesar todo lo que Sócrates había confesado respecto a él y sus actividades.

—Bien, Sócrates… ¿Y ahora? ¿Piensa ayudarnos a escapar?

—Creo que puedo hacer muy poco por usted, Brigitte.

—Un momento. No es por mí —señaló a sus dos compañeros—, sino por los tres. Yo no me voy de aquí si no es con ellos.

—No pueden caminar. Serían una carga imposible de llevar…

—¿Está sugiriéndome que los deje aquí? ¿O quizá le parecería mejor que los matase, para que no pudiesen hablar, y yo me fuese, aprovechando cualquier oportunidad que usted me brinde?

—Hay espías que tienen que morir.

—Cierto. Pero no cuando intervienen conmigo en una misión. No van a morir ellos dos, Sócrates. No vamos a decir nada respecto a lo que Papagos quiere saber. Vaya a decírselo.

Sócrates Kopoulos hizo un gesto de impotencia.

—Veo que no confía plenamente en mí. Y en ese caso, poco podré hacer… Solamente esto.

Tiró algo hacia las manos de Brigitte. Ella lo cogió al vuelo y se quedó contemplando aquel fino mango de hueso. Apretó el resorte y la aguda punta de una navaja apareció, brillante, ante sus ojos.

—¿Es un regalo amistoso?

—Tómelo como quiera. Es todo cuanto he conseguido pasar hasta el sótano. Ahora, hagan lo que quieran. Yo ya no puedo comprometerme más. A menos que consigan salir de aquí, en ese caso, si puedo ayudarla en algo, quizá que me encuentre en la casa. Adiós, señorita Montfort.

—Sócrates.

—¿Sí?

—Creo que está siendo leal… y se lo agradezco.

—Una navaja es poca cosa, lo sé —admitió el griego—… Pero…

—Es suficiente esta navaja. Ahora, dígame qué ocurriría si mis amigos y yo consiguiéramos salir de la casa.

—¿Del sótano?

—De la casa —remachó Brigitte.

—Imposible.

—No es imposible. Supongamos que conseguíamos salir apenas hubiese oscurecido… ¿Podríamos contar con alguna ayuda por parte de usted?

Sócrates Kopoulos quedó pensativo, preocupado.

—¿Qué querría hacer usted, exactamente? —preguntó.

—Llegar cuanto antes a El Pireo. Pero no en su coche: es demasiado conocido por Papagos, por Hagriar, por sus asesinos…

¿Se le ocurre algún otro medio?

El griego quedó de nuevo pensativo, antes de musitar:

—Hay un medio... Un tanto problemático, pero existe..., siempre y cuando ustedes saliesen de la casa antes de las diez de la noche.

—Lo intentaremos. Y si a esa hora no hemos salido, Sócrates, gracias por todo y... buena suerte.

—Quisiera poder ayudarles más eficazmente, pero...

—No se preocupe. Ha hecho suficiente.

Sócrates encogió los hombros y salió del sótano. El vigilante de la metralleta cerró la puerta, y el griego subió hacia la planta de la villa, dirigiéndose hacia el salón.

Allí, arrellanados en cómodos butacones, estaban Stanislas Papagos, Lazlo Hagriar y Anastas. Dominico y Grigor permanecían de pie cerca del ventanal, vigilando, listas las metralletas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lazlo.

—Es muy desconfiada —gruñó Sócrates.

—¿No aceptaría la fuga contigo?

—No creo. Si acaso, antes tendrá que pensarlo detenidamente... Y suponiendo que aceptase mi ayuda, me parece que no confiaría en mí lo suficiente para indicarme cuáles son los hombres clave de conexión en la red de la CIA en África y Europa. Eso, suponiendo que lo sepa.

—Ella es agente de primera, Sócrates —dijo Lazlo—. Quizá no conozca todos los puntos, pero sí los suficientes para nuestras necesidades.

Sócrates se dejó caer en un sillón.

—Es una mujer muy dura —aseguró.

—Conozco el medio de ablandarla —sonrió Papagos—... No creo que resista tanto como esos dos hombres.

—O quizá más, señor Papagos.

—Lo sabremos muy pronto. Iremos a darle otra ración de...

—Yo la dejaría en paz un par de horas más, por lo menos. Con esa mujer hay que jugar las bazas de un modo... psicológico. Déjela recapacitar. Deje que ella vaya adquiriendo confianza en una posible huida conmigo... Un par de horas serán suficientes.

—¿Y luego?

—Luego, su mente estará tan compenetrada con la ida de la

fuga, que cualquier otra cosa le parecerá absurda. Entonces, podemos elegir entre sus golpes o mi astucia al escapar con ella. Aunque… Creo que primero le irían bien unos golpes…

—Di con toda claridad lo que sólo estás sugiriendo, Sócrates —refunfuñó Hagriar.

—Bueno… Yo la haría esperar un par de horas. Luego entraría, le daría unos cuantos golpes…, pero no demasiado fuertes, ya que nos interesa que ella pueda caminar, valerse por sí misma…, y la dejaría recapacitar un tiempo más. Entonces, puedo entrar yo en juego. Ella estará cansada de golpes… Posiblemente, decida confiar en mí.

Papagos y Hagriar se miraron.

—Te lo dije —musitó Hagriar—: Sócrates tiene muy buena cabeza, Stanislas.

—Eso parece. Si así es, tendrá la recompensa justa. Además de un cierto aumento de ingresos y prestigio en la organización.

—Eso espero —sonrió Sócrates—. No es fácil trabajar a agentes de la CIA que tienen la… calidad de esa mujer. Y ahora, creo que será mejor que me dé una vuelta.

—¿Cómo? ¿Adónde piensas ir?

—Por ahí. Ustedes van a golpear a la chica, ¿no? Pues yo no quiero estar presente. No me interesa que ella me pregunte más adelante por qué no la ayudé en el momento malo. En cambio, si me voy, podré decirle que estuve buscando algún medio de escapar de aquí… Eso la convencerá.

Stanislas Papagos sonrió complacido.

—Magnífico, Kopoulos. Regresa dentro de un par de horas, aproximadamente.

—O sea, con el tiempo justo para aparecer junto a la chica apenas hayan dejado de torturarla. ¿Exacto?

—Exacto —rió Papagos—… ¡Será un buen momento… psicológico! Sócrates sonrió y se dirigió hacia la salida del saloncito.

* * *

—Ya es la hora —dijo Papagos—. ¿Vienes, Lazlo?

—No. Me parece absurdo delatarme ante ella antes de que las cosas estén completamente claras.

—De acuerdo. Vamos allá, Dominico, Grigor…

Fueron hacia el sótano. Ante la puerta de éste estaban los dos hombres restantes del grupo de Papagos.

—Abrid. Y estad bien alerta, como siempre. No quiero fallos.

Uno de los verdugos abrió la puerta. Inmediatamente entraron Grigor y Dominico, siempre a punto las metralletas. Luego entró Papagos y, finalmente, los dos verdugos.

Sentados juntos en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, los tres agentes de la CIA alzaron cansinamente la cabeza y sus ojos quedaron fijos en el griego jefe del grupo.

—Temo que ha llegado la hora de una nueva sesión, señorita Montfort. Empezaremos por…

—¿Y la morfina? —Casi gritó Melquíades, con voz crispada—. ¿Dónde está nuestra morfina?

—¿Qué ocurre, qué ocurre…? —rió Papagos—. ¿De veras ya la están echando de menos?

Eurípides se dejó caer al suelo y se arrastró hacia Stanislas Papagos, temblando violentamente todo su cuerpo.

—La morfina, Papagos —suplicó—… ¡Tiene que darnos la morfina!

—Tengo toda la morfina que puedan necesitar en su vida… Pero quizá le convenga oír antes mis condiciones.

—¡Las sabemos…, las sabemos…! ¡La morfina, Papagos! ¡Le diremos todo lo que quiera! Brigitte se acercó a Eurípides y le pasó un brazo por los hombros.

—Eurípides, no… Tienes que resistir más, tienes que…

—¡Déjeme en paz!

—Eurípides, comprende…

Melquíades se llegó hasta Brigitte y la apartó rudamente de su compañero, casi derribándola al suelo.

—¡Déjelo! ¡Él sabe lo que tiene que hacer!

—Melquíades, la morfina no va a arreglar vuestra situación…

—¡Quiero que se calle! —aulló Melquíades, golpeándola en un seno y derribándola, rojo el rostro de ira; y continuó golpeándola salvajemente, sin dejar de gritar—: ¡Que se calle, que se calle, que se calle…!

Brigitte pudo eludir el salvaje ataque de Melquíades aprovechando que estaba más fuerte que éste, y así pudo arrastrarse

velozmente lejos de su alcance, hacia el otro extremo del sótano. Papagos se echó a reír.

—¡Se lo advertí, señorita Montfort! Observe de qué modo tan simple tengo ahora todo lo que quiero… Usted misma va a oír el principio de los informes de sus amigos… Sus bravos, nobles y leales amigos de la CIA ¿Ve como no estoy loco? ¿Ve como es fácil conseguir las cosas si se actúa con inteligencia? Veamos, señor Eurípides, empecemos por usted. Tomemos como primer punto la bella ciudad de Roma. ¿Quién es allá el primer contacto de la CIA?

—Papagos —jadeó Euripides—, no voy a decirle nada… ¡No le diré nada… a menos que nos inyecte ahora mismo! ¡Y quiero varias dosis de morfina, no una sola! Quiero tenerlas aquí conmigo, por si las necesito más adelante y usted no viene… Puedo morir de hambre o de sed, pero no quiero morir temblando asquerosamente. ¡Tiene que traerme varias dosis de morfina, para mí y para Melquíades, si quiere que le diga lo que le interesa!

Papagos frunció el ceño, pero por fin asintió con la cabeza, le hizo una seña a Dominico, que salió del sótano rápidamente. Regresó apenas tres minutos más tarde, llevando una caja que tendió a Papagos. Éste la abrió y mostró su contenido a los de la CIA.

—Aquí lo tiene, Eurípides: dos jeringuillas y dosis para los dos durante una semana, en ampollas…

—¡Démelo! ¡Démelo AHORA MISMO!

Papagos se acercó a los dos agentes de la CIA, tendidos en el suelo, y dejó caer la caja en manos de Eurípides, que temblaban tan convulsivamente que a punto estuvo de dejarla caer al suelo, con lo que algunas ampollas, si no todas, se habrían roto.

—Bien. Y ahora…

Le tocó el turno a Brigitte de sorprenderlos a todos. Saltó hacia Papagos, se colocó tras él, le pasó el brazo izquierdo por la garganta y el derecho describió un arco perfectamente visible para el obeso griego y sus cuatro hombres, mostrando el brillo de la navaja, que quedó con la punta flojamente hincada en la carótida de Papagos. Fue una acción tan rápida, tan segura, tan bien calculada, que los cinco hombres quedaron petrificados. Sobre todo, Papagos, que notaba el frío del acero en su carne…

—Querido Stanislas —susurró Brigitte—: quiero que les diga a

sus hombres que dejen caer las armas.

—No… no conseguirá… nada…

—Por lo menos, degollarle. Le diré cómo se hace con los cerdos de su clase: se clava la punta de la navaja en la garganta, por un lado, despacio, suavemente. Luego se desvía un poco hacia la izquierda y entonces se infiere un tajo profundo hacia la derecha, veloz, con toda la fuerza… Se corta la tráquea, la yugular, la…

—¡No! ¡No, no!

—Hagamos un trato, Stanislas —deslizó la fría voz de la espía—: diga a sus hombres que tiren las metralletas al suelo y que luego vayan al rincón de la izquierda. Usted se reunirá pronto con ellos, los encerraremos y nos iremos. Ya ajustaremos cuentas más adelante. Si no acepta esto, creo que voy a tardar menos de tres segundos en degollarlo. Empiezo a contar: uno, dos, t…

—¡Tirad las armas! —chilló Papagos—. ¡Tirad las armas e id hacia el rincón! ¡Sólo quieren marcharse de aquí! ¡Obedeced!

Los cuatro hombres vacilaron, pero un nuevo grito de Papagos cuando la navaja se clavó una décima de pulgada en su cuello, aceleró su decisión. Tiraron las metralletas al suelo y fueron hacia el rincón indicado por Brigitte. Eurípides y Melquíades llegaron velozmente hasta las metralletas, a rastras.

Luego se volvieron hacia Brigitte, expectantes, empuñando dos de ellas con los dedos hacia fuera en las culatas y muy metidos en los guardamontes.

—¿Y… y ahora, Baby? ¿Qué… qué hacemos?

—Niños: ¿tendré que enseñaros ahora lo que se hace en estos casos tan claros, tan definidos? ¡Fuego! Los torturados dedos se crisparon sobre los gatillos y dos chorros de balas brotaron de las armas, hacia los cuatro compinches de Stanislas Papagos. Parecieron agitarse como bajo un vendaval furioso, terrible… Las balas los lanzaron contra la pared, los pillaron al rebote y nuevas balas volvieron a aplastarlos contra los ladrillos…

Al fin, despedazados por el plomo, se deslizaron hacia el suelo, lentamente, muertos…

Stanislas Papagos empezó a chillar, pero se calló bruscamente cuando la navaja que empuñaba Brigitte se clavó en sus riñones, furiosamente, con seco golpe cruel, frío, premeditado. Un extraño ronquido brotó de los labios de Papagos y sus músculos se aflojaron

cuando recibió el segundo navajazo en la región lumbar. Cayó de rodillas y luego de bruces. Brigitte se inclinó sobre él le dio a vuelta y le puso la punta de la navaja a media pulgada de un ojo.

—Señor Papagos, las cosas han cambiado. Creo que va a quedar muy feo con los dos ojos pinchados.

—¡No…! ¡NOOOO…!

Brigitte le clavó otro navajazo, ahora en un costado, y Papagos pareció quedar sin aire. La espía buscó en el suelo los trozos de cordel de nailon, acercó uno de los tablones y amarró en un extremo las manos del griego. Luego ató los pies al otro extremo, con movimientos rápidos, seguros, violentos. Por fin, se incorporó y se le quedó mirando malignamente.

—Dije que las ratas tendrían un banquete, y así será… Le deseo la peor agonía del mundo, Papagos.

—Piedad… ¡Piedad!

—Quizá la tenga, Papagos. ¿Dónde está el cadáver de Aleco?

—En… en el jardín. Hay… una palmera gigante… Su compañero está enterrado junto a ella, bajo unas matas… ¡No me deje aquí!

—Le voy a dejar aquí —sonrió cruelmente Brigitte.

—¡No! ¡Hemos hecho un trato, usted ha dicho…!

—Soy una sucia embustera, Papagos. Como cualquier espía, soy capaz de matar fríamente, de torturar, de destrozar a un hombre… Creo que usted ha merecido ese… honor. No pida piedad, porque no va a tenerla. Es más, quiero asegurarme de que no podrá jamás reunir fuerzas para escapar a las ratas…

Volvió a inclinarse sobre él y la navaja se clavó ahora por dos veces en el adiposo estomago de Stanislas Papagos.

—Agradézcamelo, Papagos: vivirá tan poco, que sólo podrá notar los primeros cien mordiscos de las ratas. Larga agonía, cerdo.

Pareció olvidarse del griego, que gemía lastimeramente, ensangrentado, y se acercó a Melquíades y Eurípides, que parecían a punto de pelearse, tirados en el suelo, por la posesión de la caja que contenía las jeringuillas y la morfina.

Brigitte se la quitó bruscamente a Eurípides.

—¡Ya basta! Tenemos que irnos de aquí.

—Baby… Baby, por Dios… Tiene que inyectarnos… a los dos. ¡Tiene que hacerlo, o no podremos movernos! ¡Ya no resistimos más! ¡Hemos aguantado hasta hacer lo que usted nos dijo, lo hemos

hecho bien, pero necesitamos eso AHORA!

—Eurípides: ¿no quiere curarse?

—Sí… ¡Sí! En Estados Unidos podré hacerlo… Sé que nos internarán, que nos curarán… ¡Pero ahora lo necesitamos, para seguir viviendo, para poder salir de aquí!

Brigitte los miró breve, pero fijamente a los dos. De pronto, sacó una de las jeringuillas, rompió la cabeza de una ampolla y succionó la morfina. El primero en recibirla fue Eurípides. Luego Melquíades. Los dos estuvieron un par de minutos inmóviles, antes de volver a mirar a la divina espía.

—Baby, tiene que comprenderlo…

—Lo comprendo, Eurípides —sonrió ella, dulcemente—. Ahora, si tenéis fuerzas para caminar, saldremos de aquí. Dije que llevaría a mis niños a casa y voy a cumplirlo.

Los ayudó a ponerse en pie y, ambos apoyados ligeramente en ella, caminaron hacia la puerta. Ni siquiera habían llegado allí cuando Sócrates apareció, pistola en mano. Se detuvo en seco, y se quedó mirando admirativamente a Brigitte. Reaccionó enseguida.

—Tengo el coche afuera. ¡De prisa!

—¿Y Lazlo?

—Salieron de la villa cuando oyeron los disparos; creo que comprendieron que las cosas no iban bien para ellos. ¡Vamos, el tren sale dentro de una hora!

—No saldremos tan fácilmente, Sócrates. Ellos están esperando afuera… Pero mejor. Escuche atentamente lo que voy a decirle… Quiero dejar mucha comida para las ratas…

Capítulo IX

—¡Ahí vienen, en el coche de Sócrates…! ¡Puerco traidor!

Lazlo Hagriar señalaba muy excitado el viejo coche de Sócrates, que aparecía lentamente por la salida de la villa. Lo vieron detenerse, mostrando la clara vacilación de su conductor. Luego, tras haberse vislumbrado al volante la silueta femenina, el coche continuó la marcha, más bien lentamente con grandes precauciones.

—Apunta a la mujer, Anastas —masculló Lazlo Hagriar—: si la acertamos a ella, los que van en el coche ya no podrán dominarlo… Se estrellarán contra cualquier árbol y entonces…

Anastas asintió con un gruñido. La noche estaba ya cercana, pero veía muy bien a Brigitte Montfort al volante. Alzó la pistola y apuntó hacia el parabrisas, justo al centro del rostro de Baby. A su lado, hosco el gesto, Lazlo Hagriar, el hombre que había traicionado a la CIA para entrar en un lucrativo pero sucio negocio también apuntó su pistola hacia allí…

—¡Ahora, Anastas!

Las dos pistolas dispararon a la vez. El cristal del parabrisas saltó hecho añicos y la silueta de Brigitte Montfort desapareció del volante. El coche patinó un poco, rechinando los neumáticos. Luego se desvió definitivamente hacia un lado de la carretera, se metió en la cuneta y quedó allí incrustado, empotrado, alzada la rueda trasera derecha, que continuó girando a toda marcha…

Lazlo Hagriar y Anastas salieron de su escondnjo, corriendo hacia el coche. Llegaron junto a él, abrieron la puerta del conductor… y se quedaron mirando, atónitos y aterrados, la dura mueca de Brigitte Montfort, cuyo bello rostro mostraba los diminutos cortes de algunos de los cristales que habían saltado hacia él.

—Final de trayecto, Lazlo —dijo.

—Eee…

Del asiento trasero brotaron dos largas lenguas de fuego de un color rojizo, cárdeno, azulado quizás. Y de un lado, fuera del coche, otro chorro de fuego y plomo envió a Lazlo Hagriar y Anastas lejos del coche, reventados a balazos…

Sócrates Kopoulos apareció pronto junto al coche. Dirigió un breve vistazo a Melquíades y Eurípides, cuyos sangrantes dedos se crispaban en las metralletas, y, por último, miró a Brigitte, con una admiración absoluta.

—Celebro trabajar para la CIA —musitó—. ¿Y ahora?

—Vaya a buscar el coche de Papagos. Iremos todos en él hasta Atenas. Pero antes, en Eleusis, usted va a comprarme algunas ropas, Sócrates. ¿Sabrá hacerlo?

—Lo intentaré —sonrió el griego.

—Espero que tenga buen gusto. Ahora vaya a por el coche. Luego nos llevará a los tres a Atenas. A mí me dejará en el hotel y llevará a Melquíades y Eurípides a El Pireo. Busque allá un yate llamado Termópilas, que pertenece a un hombre llamado Maxwell. Cuando lo encuentre, dígale que Brigitte Montfort acepta su invitación y que dará un paseo en yate por el sur de Grecia, en su compañía…

—¿Y… Aleco?

—No creo que le moleste un cadáver envuelto en una manta, Sócrates.

—Desde luego que no, aunque esté recién desenterrado. Sólo le pregunto qué hago con Aleco.

—Métalo en el coche de Papagos y súbalo a bordo del Termópilas cuando lo haya localizado. Le dice a Maxwell que son… objetos personales míos muy queridos. Deje en el yate a Melquíades, a Eurípides… y a Aleco. Dígale a Maxwell que esté listo para zarpar inmediatamente.

—¿Y luego?

—Sólo tendrán que esperarme.

—¿Qué piensa hacer?

—En circunstancias normales, tomaría cualquier avión hacia cualquier sitio. Pero en estas circunstancias, tengo que buscar un buen medio de transporte hasta un lugar seguro desde el cual enviar a Estados Unidos a Melquíades, Eurípides y el cadáver de Aleco. No pienso dejar solos a mis muchachos hasta que tenga la seguridad de

que están completamente a salvo.

—La admiro sinceramente, señorita Montfort. ¿Utilizará alguno de los contactos de la CIA?

—Va a ser inevitable.

—Bien Me pregunto si puedo contar con su ayuda para escapar de aquí. Yo diría que Grecia está quemando demasiado bajo mis pies.

—Usted también deberá esperarme en el yate. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo. Respecto al tren y su salida…

—Oh, vamos, olvide eso, ya que vamos a disponer del coche de Papagos, ¿no es así?

—Claro. Voy a buscarlo ahora mismo. Antes de una hora, estará usted en el Hotel Peloponeso…

* * *

—Buenas noches, señorita Montfort… ¿Ya de vuelta en Atenas?

—Sí… Y siento tener que dejarla, pero en Eleusis recibí un cablegrama de mi editor… Debo regresar inmediatamente a Estados Unidos. Parece que allí están sucediendo cosas que requieren más atención que un reportaje sobre Grecia. Pero volveré… Me encanta su país.

El conserje agradeció el cumplido con una inclinación de cabeza, sonriendo, mientras entregaba a Brigitte la llave de su cámara.

Ella subió con gran sosiego…, pero apenas dentro empezó a recoger sus cosas a toda prisa. Tuvo que llenar la maleta casi hasta reventarla, ya que no contaba con el baúl, pero se las arregló para no dejar nada. Asió firmemente el maletín, llamó por teléfono pidiendo un taxi y un botones que bajase su equipaje, y se dirigió hacia la puerta de la cámara…

Cuando la abrió, el capitán Arístides estaba allí, sonriendo cordialmente.

—Encantado de volver a verla, señorita Montfort… ¿Todo bien?

—Todo bien, capitán.

—Mmm… Parece que tiene usted un poco de prisa.

—Ninguna especial. Pero, como siempre, creo que mi tiempo es oro.

—Los americanos son unos esclavos del tiempo… ¿Se marcha de

Grecia?

—Regreso a Estados Unidos. Pero volveré en cuanto me sea posible.

—Lo cual me agradará sobremanera, de un modo oficial y… personal. Espero que su estancia en mi país haya sido grata.

—Muy grata.

—Y celebro que lo del aviso de asesinato fuese una estúpida broma. Es un gran placer verla a usted viva, moviéndose con esa gracia… ¿Qué le ha pasado en la cara?

—Pequeños cortes debidos a un tonto accidente.

—Espero que eso no la obligue a guardar mal recuerdo de Grecia.

—No, no… Guardo muy buenos y agradables recuerdos de Grecia. Desde llevar un cadáver en un baúl, hasta dar comida a las ratas. Debo marcharme ya, capitán Arístides. Hasta la vista.

—Hasta la vista… Ah, señorita Montfort.

—¿Sí?

—Tenga cuidado con la gente que contrate en El Pireo.

—No comprendo… ¿Por qué lo dice?

—Me refiero al hombre llamado Sócrates Kopoulos, que usted dijo…

—Sí, sí, ya sé… ¿Qué pasa con él?

—Pues… Me tomé la molestia de telefonear a Salónica y, efectivamente, allá nació un muchachito al que llamaron Sócrates Kopoulos Pasalos. Ahora, ese muchachito tendría treinta y dos años… si estuviese vivo.

—¿Si estuviese vivo?

—Murió hace siete años, en Salónica, de una infección en la sangre. Me pregunto si el hombre que usted llevaba consigo no será un bromista o un granuja… ¿Sabe dónde puedo encontrarlo ahora?

—Pues no —musitó Brigitte—… No, porque lo despedí apenas supe que tenía que volver a Estados Unidos.

—Bueno, ya lo buscaremos. Feliz viaje y recuerdos a la estatua de la Libertad.

—Okay —sonrió la divina—. Hasta la vista, capitán.

* * *

El señor Maxwell estaba junto a la pasarela, un tanto emocionado. Apenas ver a Brigitte se apresuró a quitarle la maleta de las manos y luego se las cogió afectuosamente.

—Esto es maravilloso, señorita Montfort. La verdad es que no tenía la menor esperanza de…

—Así son las cosas —sonrió la espía—. ¿Podemos zarpar inmediatamente?

Maxwell sacó un silbato del bolsillo, lo sopló y se volvió de nuevo hacia la espía.

—Estamos zarpando —sonrió—. ¿Y ahora?

—Ahora, señor Maxwell, me pregunto si sería usted tan amable de llevarme a Palermo, en Italia, por la vía más rápida.

—¿A Palermo, en Italia? Pero…

—Caprichos femeninos —rió Brigitte—… ¿Qué más da navegar hacia una u otra parte del mundo?

—Pues… Bien, claro que puedo llevarla a Palermo, pero… me pareció que íbamos a hacer un crucero por las islas griegas y…

—En otra ocasión, señor Maxwell… ¿Llegaron mis amigos?

—Oh, sí. Y… respecto a todo esto, y sin afán de molestarla… Vaya, yo diría que lo que está ocurriendo es… un poco extraño… ¿No le parece?

—Vamos, vamos, señor Maxwell… Usted es un hombre de mundo, puede comprender muchas cosas. Me pregunto si va a limitarse a aceptar mi compañía durante dos días o va a dedicar esas cuarenta y ocho horas a preguntarme cosas que no tienen ninguna importancia.

—Esto… Bueno… Creo que tiene razón. Hay muchas mujeres hermosas en el mundo, pero yo siempre he dicho que no hay ninguna mejor que una estupenda chica americana.

—Es exactamente lo que pienso yo —rió Brigitte.

—La llevaré a su camarote. Está… junto al mío.

—Estupendo —sonrió prometedoramente Brigitte.

Maxwell la llevó a su camarote y Brigitte, sonriendo, le dio con la puerta en las narices, o poco menos. Pero apenas había mirado a su alrededor, oyó una llamada a la puerta.

—¿Quién?

—Sócrates.

Baby Montfort abrió la puerta, dejó entrar a Sócrates y cerró.

—Todo va bien —dijo el griego—: ya estamos navegando. ¿Ha tenido algún contratiempo en el hotel, o en Atenas…?

—Ninguno. Salgamos un momento a cubierta, Sócrates… Tengo algo que decirle y no quiero que puedan oírnos. Las paredes de los yates son muy delgadas. ¿Están bien mis muchachos?

—Bastante bien. Si se les cuida, podrán volver a funcionar.

—Ésa es una de las buenas noticias que he recibido en mi vida. Y quiero agradecerle su ayuda y… Oh, salgamos a cubierta, Sócrates, por favor.

El griego abrió la puerta y Brigitte salió en primer lugar. Él la siguió incluso cuando, ya en cubierta, ella se dirigió hacia popa. Los dos quedaron allí, solos, bajo la luna y las estrellas. Brigitte encendió un cigarrillo y aspiró placenteramente el humo.

—Han sido unas horas difíciles —musitó—. Pero, gracias a usted, a sus avisos, a su ayuda, todo ha salido bien.

—No le dé mucha importancia…

—Hay que dársela, Sócrates, porque, evidentemente, usted está buscando algo que yo empiezo a sospechar. ¿Quizá, precisamente, la red de agentes y contactos de la CIA en África del Norte y en Europa? ¿Es eso lo que quiere?

—¿Está hablando en serio?

—Efectivamente, en Salónica nació un niño al que llamaron Sócrates Kopoulos Pasalos. Pero quizá le convendría saber que ese niño, ya hombre, murió hace siete años. Entonces, Sócrates, es fácil llegar a una conclusión: es usted un agente secreto que ha tomado la personalidad falsa de Sócrates Kopoulos Pasalos. ¿Para quién trabaja?

Brigitte sacó su pistolita, que quedó apuntada al pecho del falso Sócrates Kopoulos, quien se limitó a sonreír.

—Me decepciona usted, señorita Montfort.

—¿Por qué?

—Soy… un amigo, no un enemigo. Lo he demostrado, ¿no es cierto?

—Lo ha demostrado, es cierto. Pero también ha demostrado un gran interés por salvar mi vida, la de mis compañeros… Sí, lo ha demostrado. Sólo que me pregunto si lo ha hecho por nosotros mismos o porque quería que uno de nosotros le llevase de la mano a diversos puntos de contacto de la CIA en África y Europa.

—Evidentemente, mis intenciones eran conocer lo máximo posible de la red que la CIA tiene en los dos continentes que usted ha mencionado. Y, evidentemente también, mis intenciones no eran… ni son precisamente amistosas. Debo admitir que todo cuanto he hecho por usted y sus compañeros ha sido con el exclusivo objeto de obtener luego una redada mucho mayor, en toda Europa y en el Norte de África.

—Ambiciosos proyectos, señor…

—Sócrates Kopoulos —sonrió el atlético espía—… ¿Por qué cambiar de nombre unos segundos antes de morir?

—¿A qué servicio pertenece?

—¿No lo adivina? Veamos: ¿cuál es el rival más fuerte de la CIA en Europa?

—La MVD rusa.

—Siempre da usted en el blanco.

—¿Es usted ruso?

—En efecto.

—¿De la MVD?

—Naturalmente.

—Sócrates: cuando volvamos a vernos, tenga lista su pistola. Yo tiraré a matar.

—¿Cuando volvamos a vemos? —se sorprendió Kopoulos.

—Eso he dicho. Salte.

—¿Cómo…?

—Que salte al agua. Ni siquiera estamos a una milla de El Pireo. Podrá volver a nado, guiado por las luces.

—¿Me perdona la vida?

—Su vida no vale tanto como las de mis dos compañeros que usted me ha ayudado a salvar. Poco importa que pensase utilizarnos… Lo cierto es que le debemos algo. Salte al agua… y la deuda quedará saldada. Y no lo olvide: cuando volvamos a vemos, tire a matar, porque yo haré lo mismo. Ahora, estamos en paz. Salte.

El falso griego asintió con la cabeza, seriamente. Pasó una pierna por encima de la borda y se volvió hacia Brigitte.

—He fracasado en mi intento de localizar muchos contactos de la CIA. Pero en espionaje, aunque se pierda la partida, siempre se aprende algo. Me gustaría tener en la MVD una compañera como

usted… La próxima vez que nos veamos tiraremos a matar… y que gane el que tenga más acierto. Pero hasta entonces, señorita Montfort, le deseo sinceramente mucha suerte.

—Gracias, Sócrates. Y adiós.

—Adiós.

Sócrates Kopoulos Pasalos desapareció hacia las negras aguas de la noche. Se oyó un ligero chapoteo, y luego nada. Brigitte permaneció en popa hasta acabar el cigarrillo. De pronto, se dio cuenta de que todavía tenía la pistola en la mano. Sonrió, la guardó y regresó al interior del yate, a los camarotes.

Tenía que ver a su «niños» de la CIA, acariciarlos, decirles que todo iba bien, que estaban camino de casa, que sanarían de todas sus heridas, que volverían a la lucha…

Y volverían a matar. El espía, ella lo sabía muy bien, no mata por placer, sino por necesidad. Pero a veces, cuando en el camino surgen seres como Stanislas Papagos, como Anastas, como Tadeus, como Lazlo Hagriar, matar, a conciencia, casi con fruición, se convierte en un auténtico placer.

Sí… Ciertamente…

A veces, hasta los espías, pueden matar con placer.

Este es el final

—¿Han dicho quiénes son?

—No, señorita —negó Peggy, su bonita doncella—… Pero son de esa clase de gente a la que no se puede decir que la señorita no está en casa.

—Bien… En ese caso, hazlos pasar.

Peggy salió de la terraza… y reapareció segundos después, precediendo a dos tipos altos, de hombros anchos, rostros duros, pero que mostraban en aquel momento una mueca simpática, casi dulce, rayando en la veneración. Brigitte, que estaba ajustándose un poco más su vaporoso y casi transparente salto de cama, se quedó mirándolos un par de segundos con expresión confusa, parpadeando…

—Melquíades… Eurípides… ¡Sois vosotros! —gritó alegremente.

—¿Cómo… cómo está, Baby?

—¡Bien! —rió Brigitte—. ¡Estupendamente bien! ¡Oh, debisteis avisarme vuestra llegada, niños, y habría encargado un estupendo pavo gordo y tierno que…!

Melquíades desenvolvió con nerviosa torpeza el paquete que llevaba bajo un brazo, y de pronto mostró a Brigitte un pavo gigantesco, sujetándolo por el cuello.

—Yo… compré el pavo…

—Y yo… traje unas cervezas… doradas… Y trufas… Y dos paquetes de mantequilla… Y un poco de champaña…

—Emmm… Nos pareció que… que querría celebrar con nosotros nuestra curación total… en todos los sentidos. Durante más de un mes hemos… hemos estado pensando los dos que… que…

—Melquíades quiere decir que si alguna vez necesita a alguien que esté dispuesto a morir por usted, sólo tiene que llamamos —musitó Eurípides—… Pero si nuestra presencia es inoportuna, iremos a comer el pavo a… a cualquier sitio…

—Nosotros sentimos que le… quemaran las piernas y… y… Bueno, claro, la señal debe de afearlas un poco, y creemos que por culpa nuestra…

Brigitte iba mirando de uno a otro a medida que hablaban, sonriente. Y cuando los dos se quedaron sin saber qué decir, se dirigió hacia la puerta de su terraza con piscinita y llamó:

—¡Peggy!

La doncella apareció inmediatamente, mirando asombrada el pavo que colgaba, muerto y desplumado, de una mano de Melquíades.

—Diga, señorita…

—Tenemos pavo para comer. Y trufas. Y ciruelas, seguramente… Y champaña. Pero mientras se enfría el que mis niños han traído, trae tres copas del nuestro… Con guindas, claro está. Y date prisa en preparar el pavo al homo.

—Sí… Sí, señorita.

Peggy se hizo cargo de los paquetes de Eurípides y Melquíades y se fue.

Brigitte se quedó mirando risueñamente a sus dos «niños». De pronto alzó el salto de cama y mostró sus espléndidas piernas casi hasta las ingles.

—Existe hoy día una cosa llamada cirugía estética, queridos… Mis piernas seguirán siendo tan hermosas como siempre. Perfectas. Inigualables. Son unas piernas de… ¿cómo diría yo?

—¡De campeonato! —aulló Melquíades.

—¡De espanto! —exclamó Eurípides, entusiasmado.

Brigitte se echó a reír, dejó caer el salto de cama, se acercó a los dos y los besó en los labios, cariñosamente, uno tras otro…

—Sentémonos, queridos… Y mientras esperamos el champaña con guindas, podemos hablar de esas ocasiones en que los espías llegamos a matar con placer… Con mucho placer…

FIN

Notas

[1] Brigitte hace referencia a su aventura titulada *Viaje de placer*. <<

[2] Véase la aventura titulada Siempre surge la muerte. <<